

## INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA ASPECTOS GENERALES – TEMA 1

### • Significado de Liturgia

Para entender el significado de la liturgia, es muy importante primero que recordemos lo que celebramos en ella.

Estamos tan acostumbrados a ir a misa, que algunas veces se nos olvida lo importante que es lo que estamos celebrando.

En la liturgia celebramos el Misterio de Cristo. Pero, ¿qué quiere decir esto exactamente? Como sabemos el hombre abandonó a Dios tras desobedecerle en el paraíso, y Dios, en vez de olvidarse de nosotros, estableció una Alianza con su Pueblo. Esta Alianza culmina con la venida de Jesucristo. Dios estableció un plan en el que su propio Hijo vendría al mundo, haciéndose hombre y muriendo en la cruz y, de esta manera, nos abriría las puertas del cielo.

Este es el gran Misterio. “Cristo con su muerte, destruyó nuestra muerte, y con su resurrección, restauró nuestra vida”. Gracias a la liturgia podemos anunciar este gran acontecimiento para que todos los hombres sepan que Cristo ha venido a salvarnos.

### • La Palabra Liturgia

Liturgia viene de la palabra griega “Leitourgia” que a su vez esta compuesta de “Leitos” que significa popular, del pueblo y “Ergon” que significa obra. Por tanto se refiere desde hace mucho tiempo a una obra que pertenece a la comunidad y no de utilidad privada.

- En la iglesia la liturgia es el culto público que damos a Dios.

- La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde nace toda su fuerza.

- Toda celebración litúrgica es acción sagrada por excelencia, porque es obra de Cristo. Jesús es quien dirige la liturgia.

Por lo tanto, la palabra significa “obra o quehacer público”, “servicio de parte de y a favor del pueblo”.

Quiere decir que, nosotros los hombres, tomamos parte y ayudamos a Dios en su obra. Es decir, en la misa no sólo recordamos todos juntos que Cristo un día nos salvó, sino que los hombres ayudamos a Dios en esta gran misión de la salvación.

Cada misa revivimos el sacrificio con el que Cristo nos abrió las puertas del cielo. Además, rezamos juntos unos por otros, conocemos mejor el Evangelio, aprendemos el camino para ser santos y damos a conocer a los que no saben esta buena nueva.

### **La importancia didáctica de la “liturgia se apoya en 4 pilares: Los contenidos, la estructura, el lenguaje y el “clima”.**

1. Los contenidos: la liturgia contiene, más o menos explicitados los grandes temas de la fe cristiana. En efecto, a lo largo del año celebra el entero misterio de Cristo en sus distintas fases; encarnación, pasión, muerte, resurrección, retorno al Padre y envío del Espíritu Santo, ofreciendo así una síntesis muy completa del misterio de Cristo. Por otro lado, a través del amplísimo leccionario de la Misa y de los sacramentos, presenta una visión de conjunto, substancialmente íntegra de, la historia de la salvación y de la revelación. Además, están los símbolos de la Misa, que recogen los principales capítulos del dogma cristiano.

2. La estructura: en este sentido hay que mencionar, en primer término, los ritos sacramentales de la liturgia reformada por el papa Pablo VI (sobre todo la de la Eucaristía), en los cuales la

liturgia sacramental va precedida siempre de una liturgia de la Palabra, en que no faltan las lecturas y la homilía, al objeto de suscitar y/o potencial la fe de los asistentes y prepararlos así a una participación más activa y fructuosa. También tiene una estructura muy didáctica las profesiones de fe, ya sea bautismales, eucarísticas, moniciones, etc.

3. El lenguaje: es muy variado la liturgia tiene, himnos, antífonas, oraciones de distinto tipo. Pero el lenguaje no es solo o principalmente la palabrada hablada, cantada o meditada, son muy importantes los signos que aparten de ser eficaces y sensibles, son importantes los gestos, las posturas, el color, el movimiento, etc. Que pueden ser captados por los fieles con facilidad lo que comunican.

4. El clima: en la liturgia la oración y la participación activa, son pues, “el clima”, importantísimo es la función del ministerio de música, por ejemplo, que sin dejar de ser sagrado es el que acompaña al clima, hasta el punto que, la asamblea reunida acompaña con palmas una canción o una procesión.-

### • **La Liturgia: fuente de Vida, Oración y Catequesis**

Liturgia, obra de Cristo y de la Iglesia, es un signo visible de la comunión entre Dios y los hombres. Por ello, la vida litúrgica implica una participación consciente y activa de TODOS que nos reunimos para vivir en comunidad, orar y evangelizar.

Es en la liturgia en donde debemos encontrar la fuerza para ser santos y ayudar a Jesús a (a través de la Eucaristía) a salvar a los hombres y transformar sus corazones.

En resumen la misión de los acólitos es muy importante ya que somos los que estamos en primera línea ayudando al sacerdote en la vivencia de la vida litúrgica y tenemos que transmitir su importancia a todos los fieles de nuestras Iglesias.

### • **Algunas Definiciones**

Para comenzar a entender lo que es la liturgia, veamos algunas definiciones:

- L. Beaduin: “La liturgia es el culto de la Iglesia”. Esto es el primer esbozo de la teología litúrgica.

- O, Casel: “La liturgia es la acción ritual de la Obra salvífica de Cristo, o sea, es la presencia, bajo el velo de los símbolos, de la Obra Salvífica de la Redención”. Aquí se toma lo dicho anteriormente y se integran otros componentes, llamándoles componentes esenciales de la Celebración o Misterio:

- La existencia de un acontecimiento primordial de salvación.
- La presencia del mismo acontecimiento por medio de un rito.
- Gracias a la presencia ritual, cada hombre en cada tiempo, actúa como propio el acontecimiento primordial de Salvación.

- Pío XII, en “Mediator Dei”: “Culto público que Nuestro Redentor, Cabeza de la Iglesia, tributa al Padre y que la Comunidad de los fieles tributa a su fundador, y por medio de Él al Padre”, o más brevemente: “La Liturgia es el culto público total del cuerpo místico de Cristo, cabeza y miembros”.

- Esta definición surge en un período difícil y de mucha controversia, donde tiende a dejar de lado cualquier intento de novedad en lenguas y ritos, recordando la fidelidad de la normativa litúrgica.

- Otro punto importante es, que la Liturgia, antes de ser acción de la Iglesia hacia Dios, es acción de Cristo en la Iglesia, de modo que la Iglesia primero es sujeto pasivo de la liturgia y luego pasa

a ser sujeto activo. Por lo tanto, la liturgia es el elemento constitutivo de la Iglesia no proviene de una ley, sino de la Misión Apostólica.

- Concilio Vaticano II: “... **se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro**”. (cf. Constitución Sacrosantum Concilium: N°7)

#### • Lo que no es Liturgia

- La liturgia no es un espectáculo sagrado, un culto exterior:

Esto sucede cuando solo nos preocupamos por lo externo, es decir el arreglo de las flores, la ubicación de los monaguillos etc, olvidándonos de que es obra de Cristo.

- No es liturgia el cumplimiento legal de unos ritos: Muchas veces solo vamos a la iglesia por cumplir, por tradición, porque me toca participar con algún ministerio, porque me toca llevar las ofrendas, etc.

- La liturgia no es un culto privado: No se trata de una vida espiritual individual en la cual cada quien busca la realización de sus gustos y hasta procura realizarlos en privado.

*Recordar:*

*La liturgia es acción Comunitaria, debemos sentirnos como Familia.*

*La liturgia es un encuentro con Cristo, es el culto que damos a Dios*

*Es obra de Cristo.*

#### • Celebración de vida

Siempre, en los diversos ámbitos de nuestra vida existirán motivos para celebrar; ya sea cumpleaños, bautizos, aniversarios, fiestas de fin de curso, navidad, año nuevo, matrimonios, etc. Celebramos lo que es importante en nuestra vida, invitamos a otros no para que nos festejen o celebren, sino a participar de un acontecimiento singular, los invitamos a Celebrar juntos.

La verdadera celebración está impregnada de la vida y genera vida. Es un acto vital por excelencia, en donde Dios se hace presente por medio del amor, la alegría y la fraternidad. Los cristianos también buscamos la celebración como una acción de nuestra vida, lo hacemos a través del encuentro fraternal con las personas que integran la comunidad y con Cristo Resucitado.

Lo característico de la celebración es que todos participen. Nadie es celebrado (sólo cuando está muerto). Así como en una fiesta de cumpleaños todos deben ser sujetos de la celebración, lo mismo ocurre con la Eucaristía: no es sólo el sacerdote quien celebra, la celebración es obra de todos. Hay que revelarse contra la pasividad, la asamblea no puede estar reducida a preguntas y respuestas.

La celebración es una actitud vital, un modo de estar insertado en la realidad y de relacionarse con ella. El que tiene espíritu festivo irradia alegría, deseos de vivir; esto provoca y crea un ambiente de fiesta.

#### • La Fiesta es vida

Vemos que al hablar de fiesta no es tan fácil definirla, ya que podemos decir que la fiesta es absolutamente vital para la vida humana. Como una afirmación exuberante de la vida que exige un contraste con la monotonía de ritmo diario.

Juan Mateos define la Fiesta como: “La expresión comunitaria, ritual y alegre de experiencias y anhelos comunes, centrados en un hecho histórico pasado y contemporáneo” (Cristianos en fiestas, Ed. Cristiandad, Pág. 276).

Podemos decir, que por experiencia propia las fiestas siempre tienen un motivo y un contenido, no es un rito vacío, algo sin sentido. Al contrario, es un acto vital, un modo de estar en el mundo.

Cuando estamos en fiesta manifestamos intensa y singularmente nuestro modo de vivir, ponemos en común nuestro sentimiento; se hallan todas las personas y las cosas que están junto a nosotros y celebramos con gozo y alegría.

Celebrar o hacer fiesta es un acto de afirmación del mundo y de vida: “La fiesta auténtica es una afirmación, un sí a la vida, un juicio favorable sobre nuestra existencia y la del mundo entero, por eso para poder celebrar una fiesta, la vida tiene que tener sentido; si la existencia se considera como un absurdo, como una mera frustración, celebrarla resulta imposible” (J Mateos, Cristianos en fiesta, Ed. Cristiandad, pág. 254).

La fiesta es un acontecimiento, tanto por su preparación como por su forma de realizarse. Es un acontecimiento extraordinario que se diferencia de otros, y eso lo manifestamos en gestos muy festivos: el baile, la música, los juegos, los saludos.

Hoy en día son muchos los que han reemplazado la fiesta por la diversión. Basta con analizar algunas fiestas. La cosa es pasarlo bien como sea, compramos algo para tomar, un poco de música y listo... y así va degenerándose la fiesta verdadera, viene el exceso, la borrachera, el huir de la realidad, el mal humor, la grosería y la ordinariez.

Esto, sin lugar a dudas NO es afirmación de la vida, sino evasión, no crea unión, sino vacío y soledad. En la fiesta sucede todo lo contrario, la fuente de ella está en la apertura, en la sensibilidad, en la capacidad para atender al otro. LA FIESTA SE VIVE.

### • La Eucaristía es una Fiesta

“La liturgia es la fiesta de la comunión eclesial. En la cual el Señor Jesús, por su misterio pascual, asume y libera al Pueblo de Dios y por él a toda la humanidad, cuya historia es convertida en historia salvífica para reconciliar a los hombres entre sí y con Dios” (Puebla 918).

La liturgia, dice Puebla, es una fiesta. La fiesta litúrgica es la afirmación de la vida desde el sentido nuevo que nos ha dado Cristo. Es la Celebración de la fe, de la alegría y del gozo de la resurrección. Es la gran fiesta de la unidad, de tener algo en común, de crear nuevos lazos de vida comunitaria.

La eucaristía es la fiesta de la Pascua del Señor. No se trata de una simple expresión de vitalismo, ni siquiera de la alegría que brota de sentirse en fraternidad. La raíz de la fiesta litúrgica es el Paso del Señor que así como pasó una vez y se comprendió hasta la muerte y resurrección, así sigue pasando ahora, para asumir y liberar por su muerte y resurrección la historia del pueblo de Dios y conducirla a la plenitud del Reino.

La comunidad cristiana no puede vivir sin la fiesta de la eucaristía, lo mismo que la eucaristía no puede tener lugar sin la comunidad. Este es el lugar privilegiado para encontrarnos como hermanos, para celebrar en un ambiente festivo nuestra Fe.

Esto es bueno como teoría, pero veamos la realidad:

- ¿Son de hecho las eucaristías dominicales una fiesta?

- ¿Sentimos el corazón en fiesta cuando participamos en ellas?.

La verdad es que existen muchas dificultades. Hay desconocimiento de lo que se celebra y de lo que significa la auténtica fiesta, mucha gente va a misa los domingos porque así está mandado, otros van por rutina. Se ve poca participación, ya sea en los cantos, las oraciones o las lecturas. Cabe destacar aquí el esfuerzo de muchas comunidades juveniles que cada día van aportando su creatividad y van dando más colorido, más vida y alegría a nuestras celebraciones litúrgicas.

## **¿Quién Celebra? LA ASAMBLEA LITURGICA**

Si se considera que la liturgia es un elemento esencial de la vida cristiana, de la vida de los cristianos y, por lo mismo, de la Iglesia, Iglesia local e Iglesia Universal, es primordial darse cuenta de la importancia de este hecho. Consiste ante todo en la naturaleza misma de la asamblea y también en su realización. Habrá que captar bien lo que es la asamblea litúrgica, su relación con la comunidad local y los medios para realizarla plenamente.

### **LA ASAMBLEA DEL PUEBLO DE DIOS**

Se acostumbra decir que la liturgia es *el diálogo de Dios con su pueblo*. La asamblea litúrgica es, pues, el interlocutor de Dios, de manera concreta. Entre la Iglesia y la asamblea hay un lazo esencial: ¿la palabra griega *ekklesia* no significa esas dos realidades? Pero ante todo conviene tener conciencia del misterio que está contenido en esa afirmación.

### **Cuando Dios convoca a su pueblo**

Dios está en la iniciativa de la reunión de la comunidad, como ya lo había sido para con el pueblo de Israel. Esta convocación tiene lugar con ocasión de los acontecimientos fundadores que son los grandes momentos en los que se celebró la Alianza propuesta en el Sinaí (Ex 19-24), así como en las distintas renovaciones y en el descubrimiento de la Ley bajo el reinado del rey Josías antes del destierro (2 R 23) o después del regreso (Ne 8-9).

Esta convocación puede ser regular: así, tres veces al año todo el pueblo es convocado por el Señor para estar en su presencia, en su templo de Jerusalén, con las tres grandes peregrinaciones de Pascua, Pentecostés y de la fiesta de los Tabernáculos. Este aspecto de la presencia de Dios siempre está presente: después de la *convocación*, la *presencia de Dios* es el segundo elemento esencial de la asamblea litúrgica extraordinaria u ordinaria tal como fue vivida por el pueblo de Israel. Se manifiesta de maneras diversas, y la lectura de diferentes textos que nos presentan estas reuniones expresa bien esa diversidad.

Cuando Dios convoca a su pueblo, *Dios habla a su pueblo*. Si la liturgia es el diálogo entre Dios y su pueblo, la iniciativa está en manos de Dios. El puede hacerlo por medio de Moisés o por la lectura de la Ley. Cualquiera que sea la forma usada, siempre está presente este elemento esencial y constitutivo de la asamblea litúrgica. Pero para que haya un verdadero y real diálogo, conviene que *el pueblo de Dios responda a su Señor*: tal es el último de los elementos fundamentales. Esta respuesta está a menudo en el sacrificio que sella la Alianza, como lo muestra la narración del Éxodo (Ex 24).

### **La Iglesia del Señor**

La reunión es esencial para la constitución de la Iglesia. Desde los orígenes, en los Hechos de los Apóstoles, el autor insiste muy claramente en este elemento: *eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones* (Hch 2, 42). Se pueden ver presentes los cuatro elementos constitutivos de la Asamblea Litúrgica cristiana.

*Dios convoca a su pueblo*. Esta convocación está contenida en la palabra de Jesús y en su promesa: *"Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos"* (Mt 18,20). El acontecimiento mismo de la muerte y resurrección del Señor, el primer día de la semana, y la necesidad de celebrarlo, las dos son convocaciones: no es simplemente por el gusto de reunirse por lo que los cristianos se reúnen un día cualquiera de la semana.

*Dios está presente* en medio de su Pueblo. Los modos de presencia son diversos, pero todos se relacionan con una realidad esencial: es el pueblo mismo, pueblo santo, pueblo de bautizados, el que manifiesta esta presencia.

Pero para que la plenitud de este signo se realice, conviene que el pueblo se ponga a la *escucha de la Palabra* de su Dios que le habla.

Por último, esta asamblea litúrgica desemboca en *una respuesta que* encuentra en particular su plenitud en la *acción de gracias*, de la Eucaristía que le permite realizarse y construirse como Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo.

## **Asambleas para construir la Iglesia**

Si la Iglesia debe ser en el mundo signo de la presencia de Dios, la asamblea litúrgica es un elemento esencial para la realización de este misterio. El hecho mismo de la presencia de los bautizados, aun si en sí mismo es significativo de una realidad, no es suficiente para realizar totalmente el significado. La Iglesia es una realidad que se construye, y la asamblea litúrgica es una etapa en esta construcción; importa, pues, que se creen cada vez más las condiciones para la realización plena y entera de la realidad misteriosa que es significada: que nuestras asambleas sean acogedoras y diversas, puesto que la vocación de la Iglesia es acoger a todos los hombres para llevarlos a la salvación, que estén a la escucha de la Palabra de Dios, puesto que es ella la que hace la asamblea para conducir a la Acción de Gracias, que ellas sean el lugar donde se realiza la alabanza de Dios, en nuestro nombre propio y en el de toda la humanidad.

Por último, no olvidemos que la asamblea litúrgica es ya desde ahora la anticipación de la Iglesia, Jerusalén celestial. Cuando en el momento de la anámnesis la asamblea se dirige a Cristo para proclamar su fe en su regreso, atestigua que hay una realidad que la sobrepasa y que la realización plena de la Iglesia es una tarea en construcción, cada día. La celebración litúrgica es uno de los elementos de este trabajo.

## **ASAMBLEA LITURGICA Y COMUNIDAD**

La asamblea litúrgica está íntimamente ligada a la vida de la comunidad. Sin embargo, no hay que confundir comunidad y asamblea litúrgica. La asamblea es necesaria para la vida de la comunidad, es un elemento esencial en la construcción de una Iglesia localmente implantada en el mundo, pero no es bueno confundir estas dos realidades: sería una reducción abusiva.

## **La asamblea litúrgica para la construcción de la Iglesia**

Los Hechos de los Apóstoles, desde los primeros capítulos, insisten en la importancia de la reunión de los cristianos *para la Fracción del Pan*. En esta notificación hay que ver una insistencia del autor sobre la necesidad que se manifiesta desde el principio de la Iglesia de una forma de reunión. Hay numerosos casos en que las comunidades expresan la necesidad de una reunión regular para su vida eclesial. El desarrollo de muchas Asambleas Dominicales en Ausencia de Presbítero (ADAP) es un elemento que lo confirma. La presencia de una iglesia cerrada es vista como un elemento que significa la muerte de una comunidad. En la conciencia popular ¿no se dice que cristiano *es el que va a la iglesia*? La práctica es uno de los elementos que hacen ver sociológicamente la pertenencia a la Iglesia.

La asamblea litúrgica no es solamente el lugar del culto: esto es verdad muy especialmente para la reunión dominical. Domingo tras domingo, se construye una comunidad, vive conflictos, penas y alegrías. En la reunión dominical se vive el compartir los distintos aspectos que marcan lo cotidiano de la vida de la comunidad, aunque sea sólo en el tiempo de los *avisos*, que más allá de su simple aspecto práctico e informativo, expresan la vida de los cristianos a lo largo de la semana que comienza con la celebración dominical. Pero no habrá que confundir la comunidad y la asamblea litúrgica.

## **La comunidad cristiana más allá de la asamblea litúrgica**

La comunidad cristiana es mucho más amplia que la asamblea litúrgica. Las variaciones del número de participantes a la reunión dominical lo atestiguan. Hay de hecho una comunidad y varias asambleas. Hay que hacer de modo que estos dos elementos se impliquen el uno al otro y no se rechacen, como hay el peligro de hacerlo demasiado a menudo. La asamblea litúrgica debe estar abierta a la vida de la comunidad, y la vida de la comunidad no debería poder eximirse de la asamblea litúrgica.

*Hay vacíos en la asamblea, ausentes por las razones más diversas.*

Puede ser la edad o la enfermedad lo que retiene a algunos miembros de la comunidad en su casa. Si la asamblea es un lugar esencial para la vida de la comunidad, privar totalmente a estas categorías de toda participación ¿no es quitarles una parte de su vida eclesial? Si su participación no puede ser plena y completa, aunque no fuera sino físicamente, hay diversos medios que pueden en parte paliar esta carencia. Hay parroquias donde existe regularmente un servicio de comunión a los enfermos; esta forma tradicional en la Iglesia debería ser más frecuente. Pero, ¿por qué no imaginar otras fórmulas? A veces la hoja de cantos puede tener algunos avisos sobre la vida de la comunidad: sería bueno que las personas que no han podido tomar parte en la reunión litúrgica sean informadas de ellos y participen así, de alguna manera, en el compartir que ha tenido lugar en la Iglesia.

Y en la asamblea misma es importante no olvidar a estos ausentes, los enfermos ciertamente (se piensa en ellos a menudo), pero también a los ausentes temporales: puede suceder que una parte de la asamblea esté ausente por una reunión diocesana o nacional, ¿por qué no hacer alusión a ello en la oración universal, por ejemplo? Es necesario que los miembros de la asamblea estén conscientes de que su reunión debe abrirlos a la universalidad de la Iglesia.

La asamblea litúrgica puede también acoger a los miembros que no forman parte de la comunidad, que están de paso para visitar a una familia, por ejemplo. La acogida de estas personas es una buena forma de hacer tomar conciencia a los miembros de la asamblea que no son ellos solos la Iglesia en su universalidad, que no tienen ellos solos la verdad. Además esta apertura es necesaria para la realización del signo de la asamblea litúrgica: debe manifestar que está en un lugar dado, en un momento dado, el Pueblo de Dios en diálogo con su Señor.

La dificultad principal es hacer de modo que el ambiente general de la celebración sea tal que las asambleas, domingo a domingo, permitan a la comunidad construirse día a día como Pueblo de Dios. Sin embargo, el signo de la asamblea litúrgica marca la construcción que se hace poco a poco. Las particularidades no han de convertirse en particularismos. Esto crearía una unidad ficticia, puesto que serían el origen de un rechazo, aun involuntario, de personas que vendrían a añadirse momentáneamente en tal o cual celebración. El particularismo es un riesgo profundo de hacer creer a la comunidad que ya no está en construcción.

La celebración litúrgica, y especialmente la de la Eucaristía, construye a la Iglesia en un lugar dado y en un momento dado, pero para que haya realmente construcción hay que ser muy consciente que no haya confusión entre la asamblea reunida y la comunidad cristiana.

## **LA DIVERSIDAD DE LAS ASAMBLEAS LITURGICAS**

Uno de los pocos medios de evitar cierto ombliguismo consiste en el hecho de hacer que sea realmente vivida en la asamblea litúrgica la diversidad que existe en el seno de la Iglesia y de las comunidades. Esta se manifiesta de dos modos particularmente: en la composición de la asamblea y en el tiempo.

### **Los miembros de la asamblea**

A menudo es un poco precipitado afirmar a propósito de tal o cual asamblea que se trata de *jóvenes, de niños, de personas mayores...*, como si una categoría de edad, o social, pudiera cualificar la asamblea litúrgica. Hay distinciones que pueden permitir el estar atentos a un aspecto de una celebración, pero es evidente que vale más evitar hacer *Misas de jóvenes o Misas de niños...* Sin embargo, es conveniente que jóvenes, niños, personas mayores tengan todos su lugar en la celebración. Calificarla de manera demasiado marcada sería correr el riesgo de excluir a miembros de la asamblea y no permitirles la participación activa a la que tienen derecho.

Tampoco hay que hacer de la celebración una sucesión de momentos reservados a tal o cual grupo de la asamblea. Por ejemplo, los jóvenes se encargan de la acogida, los niños de la procesión de ofrendas, las mujeres de las lecturas, los hombres ayudan al sacerdote a distribuir la Comunión... Tal modo de actuar lleva a dos inconvenientes: el primero es hacer perder a la celebración misma su dinamismo, pues se reduciría a la sucesión de acciones yuxtapuestas las unas a las otras. El segundo sería el crear una especie de modelo intocable e inmutable que ya no podrá variar y todo cambio sería destruir un equilibrio laboriosamente construido.

El mejor medio de conseguir buen éxito es el tener en cuenta la diversidad de los miembros de la asamblea según los períodos del año, o según la misma liturgia. Durante los períodos de vacaciones, por ejemplo, puede haber cierto cambio de población. Los niños, a menudo numerosos en las asambleas de tal o cual parroquia de periferia de una gran ciudad, se reencuentran para participar en la reunión dominical de un lugar de la montaña. En ciertos momentos del año, en la Cuaresma por ejemplo, la liturgia invita a compartir, lo que concierne tal vez más a los adultos, sin que por eso se excluya a los niños de la asamblea.

La diversidad de la asamblea no debe ser el pretexto para la creación de un modelo de celebración minimum, bajo el pretexto falaz de que todo mundo tiene que sentirse *a gusto*. Es importante hacer de modo que la asamblea sea tenida en cuenta en su especificidad según los lugares y los tiempos, pero que ningún miembro se sienta excluido.

## **La diversidad según los tiempos**

Hemos ya, en parte, abordado este aspecto subrayando la diversidad de composiciones de asambleas según ciertos tiempos o en ciertos períodos del año. El número de participantes en la asamblea litúrgica es un factor importante que no hay que olvidar. ¿Se puede realmente hacer una asamblea con algunos fieles dispersos dentro de una nave capaz de acoger más de un centenar de personas? Lo inverso también es verdadero, aunque es más fácil realizar una asamblea en lugar muy vasto, que hacer lo contrario. El arreglo del espacio debe tener en cuenta esta diversidad de situaciones para permitir responder a problemas que se presentan ocasionalmente a las comunidades. Sería bueno no olvidarlo cuando se readaptan los lugares de culto.

La vida de las comunidades está marcada a lo largo del año por diversas actividades que dan lugar a celebraciones litúrgicas: la Confirmación, una Ordenación o simplemente las grandes fiestas litúrgicas. En estos momentos el tamaño de la asamblea, así como su composición, varían de manera consecuente. En la acogida, la disposición de los lugares, la selección de los cantos, las intenciones de la oración universal... no habrá que olvidarlo.

La asamblea litúrgica no se reduce a la asamblea eucarística. Están también las celebraciones de los Sacramentos o de los Sacramentales (funerales, bendiciones...), pero también la Liturgia de las Horas, por ejemplo. Cada uno de estos actos litúrgicos tiene su propia especificidad, pero su carácter litúrgico está bien marcado: se trata de responder a la llamada de Dios, presente en medio de su pueblo, escuchar su Palabra y de responderle en la oración y la acción de gracias. La diversidad de asambleas litúrgicas reunidas en estas ocasiones es muy grande. Casi no se puede comparar la reunión en ocasiones de unos funerales, de una boda o de la bendición de una campana. No son las mismas personas las que participan en los funerales de una persona prominente o de una persona mayor, muerta en un hospicio donde residía desde hacía mucho tiempo y enterrada en su pueblo natal.



La diversidad de situación de las celebraciones hay que tenerla en cuenta, pero sigue siendo verdad que hay que poner mucha atención al hecho que se trata de la misma comunidad que celebra. Hay que evitar hacer una sucesión de celebraciones, sin relación las unas con las otras. Igualmente el peligro de la esquematización, de la creación de un modelo único para tal o cual celebración. El tener en cuenta la diversidad debe permitir a la comunidad el reconocerse y no el satisfacer a tal o cual grupo.

### **PARA HACER UNA ASAMBLEA**

La realización de una asamblea litúrgica es una tarea que nunca se puede terminar. Exige que en ciertos momentos se recuerde que ella resulta de la convocación de Dios presente en su pueblo, de Dios que le habla y espera una respuesta Fructuosa.

La convocación hecha por Dios siempre está presente. Puede suceder que la hora de la Misa o de otra celebración esté ligada al deseo o necesidad de una parte de los miembros de la asamblea. Pero habrá siempre algunos elementos incontrolables: si la celebración dominical es en domingo no depende de nosotros sino del acontecimiento fundacional de la Iglesia: la resurrección de Nuestro Cristo y Señor.

Dios está presente en medio de su pueblo. Hay numerosos signos que nos lo recuerdan. Son las distintas presencias de Cristo, como subraya la Constitución Conciliar sobre la Liturgia (SC 7). La variedad de modos de presencia está ahí para hacernos recordar que lo que hacemos no es una sucesión de actos mágicos, sino la realización de los actos que Cristo mismo hace, como cuando se dice *yo te bautizo* o muchas otras fórmulas sacramentales.

Una de las principales novedades introducidas por la reforma litúrgica es la presencia sistemática de la lectura de la Palabra en toda acción litúrgica. El artículo de la Constitución conciliar que se ha mencionado más arriba, subraya que *Cristo está presente en la Palabra*. Esta presencia debe ser realizada en la acción. La palabra de Dios es proclamada y comentada. Su escucha debe permitir a los cristianos reunidos transformarse en asamblea. Debe, pues, ser escuchada y no solamente oída con oído distraído, y esto por todos los miembros de la asamblea. Es luego comentada para que cada uno pueda hacerla suya.

La Palabra de Dios, si es escuchada, debe dar fruto y el primero es la respuesta de la asamblea, que se da en forma distinta, según las circunstancias y los tipos de celebración, pero que en todo caso, debe darse siempre. La forma de oración puede ser distinta, pero igualmente todos los miembros de la asamblea deben sentirse interpelados por la Palabra de Dios, que es proclamada. Igualmente, nadie debe sentirse excluido de la oración litúrgica que la sigue y de ella se desprende.

### **LOS MINISTERIOS LITURGICOS**

La liturgia está estructurada para que la realice el pueblo sacerdotal como asamblea y, dentro de distintos ministerios o servicios requeridos por la misma comunidad. Dentro de la asamblea litúrgica, verdadero sujeto de la celebración, existen diversidad de ministerios y servicios. **El ministerio es de por sí toda función realizada por uno o más miembros de la Iglesia como servicio a la comunidad.** El servicio es expresión de caridad; en su naturaleza queda, por tanto, señalado el espíritu con que ha de realizarse: no como distinción o preeminencia, sino como ayuda.

Podemos distinguir:

1. los ministerios ordenados recibidos a través del sacramento del Orden;
2. los instituidos, que se confieren a través de un ritual propio que no implica imposición de manos
3. los recibidos a través de un mandato simple.

### **1. Ministerios ordenados: ejercen el ministerio de la presidencia.**

Lo ejercen el obispo, el presbítero y el diácono, se reciben por el Orden (ver Cat.I.C. n° 1142)

- El obispo preside la liturgia como sumo sacerdote y principal dispensador de los misterios de Dios, sobre todo en la Eucaristía. A él corresponde modelar toda la liturgia.
- El presbítero. Colaborador del obispo, actúa en las celebraciones litúrgicas como ministro de Cristo y en su persona. Ejerce su ministerio sobre todo en la Eucaristía, como ministro de la Palabra y del Sacrificio.
- El diácono, colaborador también del obispo y en dependencia de él y del presbítero, realiza diversas funciones y, en algunos casos, preside la asamblea.

Esta función particular de presidir la asamblea, todos la realizan como servidores de la comunidad: no está “sobre” ella ni “fuera” de ella, sino “dentro” de ella, como representante de Cristo.

El presidente presta un doble servicio: a Cristo y a la asamblea. Además la asamblea y el ministro se completan mutuamente: el que preside lo hace en nombre de Cristo y hace que la comunidad sea Iglesia entera, y a la vez es completado por ella, porque no actúa solo, sino con ella y para ella.

Las principales actividades implicadas en el ejercicio de la presidencia son:

1. acoger a la asamblea: los saludará, les confirmará en el sentimiento de que son bienvenidos y reconocidos dentro de la casa de la comunidad, es decir, hacerlos sentir asamblea.
2. coordinar a la asamblea, para que cada uno desarrolle su servicio y su participación.
3. abre y cierra la celebración.
4. da el ritmo de la celebración, con su modo de hacer, decir y coordinar las diversas partes de la celebración.
5. ora en nombre de la Iglesia y de Cristo al decir las plegarias presidenciales de las celebraciones litúrgicas.
6. servidor de la Palabra y la Homilía.
7. realiza los gestos sacramentales.

### **2. Ministerios instituidos: son servicios y ministerios de la asamblea**

Actualmente los únicos ministerios instituidos son el **lectorado** y el **acolitado**, misterios relacionados con la celebración litúrgica y reservado a los varones.

### **3. Ministerios recibidos a través de un mandato simple:**

- Al servicio de la asamblea: personas encargadas de la limpieza y ornamentación. Vestuario litúrgico y vasos sagrados, etc. Los encargados de la acogida y del orden. El guía de la asamblea.
- Al servicio de la Palabra de Dios: el lector no instituido. El salmista. El moderados de la Palabra.
- Al servicio del altar y del ministro ordenado: el acólito no instruido. El ministro extraordinario de la comunión y de la exposición del Santísimo. El maestro de ceremonias.
- Al servicio del canto y la música: cantantes y coro. Director de canto, organista y músicos.
- Otros ministerios: “ministros” extraordinarios del bautismo, asistentes laicos al matrimonio, “ministros” de las exequias, padrinos de bautismo y confirmación...

## INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA

### LOS SIGNOS LITÚRGICOS – Primera parte

En la liturgia son esenciales los signos: ciertos objetos (velas, agua, óleo, etc.), palabras (oraciones, cantos), actitudes corporales (de pie, de rodillas, sentado), gestos (la señal de la cruz, elevación de brazos, imposición de manos) y la misma asamblea de los fieles su presidente.

Por ser signos señalan realidades escondidas, por ejemplo el cirio pascual señala a Cristo resucitados y la nueva vida que de él recibimos; la procesión de ofrendas es expresión de la entrega personal de los fieles; el lavado bautismal es símbolo de la purificación y santificación del alma.

El ser humano es cuerpo y alma. A esta realidad corresponde la liturgia con sus signos sensibles o corporales, que manifiestan hechos invisibles, al igual que el alma se manifiesta y expresa en el cuerpo. Las realidades invisibles o espirituales pueden ser de doble naturaleza: pueden ser actitudes interiores del hombre, por ejemplo humildad y arrepentimiento que se expresan poniéndose la persona de rodillas o golpeándose el pecho; o pueden ser las acciones divinas en el alma de los fieles, como la acción curativa del Salvador, señalada en la unción con el óleo de enfermos.

Toda la liturgia se compone de signos, de modo que es más que una oración. Es el culto que el ser humano ofrece a Dios en cuerpo y alma, o sea, con todo su ser. Pero esto presupone que los signos y gestos litúrgicos sean bien comprendidos en su significado, realizados con exactitud – una señal de la cruz mal hecha no significa nada – y que la acción exterior o corporal sea acompañada de la correspondiente actitud interior.

Los signos litúrgicos deben poseer **dos características fundamentales**:

- DIGNIDAD: todo lo sagrado es para Dios y debe ser digno, correcto y bien hecho.
- BELLEZA: al igual que su amor, todo lo que es para Dios debe ser hermoso.

Podemos decir que existen **cinco clases de signos litúrgicos**:

- \* Los que se relacionan con los *gestos y posturas* del cuerpo.
- \* Los que se refieren a los *elementos* que se emplean en la celebración (el pan, y el vino, las velas, el incienso, la ceniza...)
- \* Los que forman *parte de los templos* (el altar, el ambón...)
- \* Los que realizan las *personas* que actúan en las celebraciones (el sacerdote, la asamblea, los ministros...)
- \* Los que se relacionan con los *Tiempos* de la liturgia (día, noche, horas, vigilia, semana, estación, año, domingo, fiesta, octava, cuaresma, cincuentena, año jubilar...)

No podemos vivir sin gestos y actitudes corporales. Ellos expresan, provocan o dan realce a lo que pensamos y sentimos: el abrazo, el beso, el apretón de manos, las lágrimas, el grito de

alegría, el silencio, el ponernos súbitamente de pie, aplaudir...y todos estos gestos surgen "naturalmente", al compás de nuestros pensamientos y emociones. ¡Cuántas veces los gestos "dicen" más que las palabras! Somos así: espíritu y materia; cuerpo y alma formando una totalidad que se llama hombre.

Este hombre real participa y "crea" la liturgia. Por eso, la liturgia contiene muchos gestos y actitudes con los que intentamos expresar exterior y corporalmente nuestros sentimientos hacia Dios. Los gestos litúrgicos más importantes son: la señal de la cruz; las unciones; la imposición de la ceniza; los ojos elevados al cielo; ciertos gestos relacionados con las manos: manos juntas y plegadas sobre el pecho; manos que se golpean el pecho; manos elevadas y extendidas; manos que dan y reciben la paz; manos dispuestas para recibir el Cuerpo del Señor.

La Iglesia insiste en la necesidad de renovar, actualizar, "entroncar" los gestos con cada cultura, para que las palabras y gestos sean más "significativos" para la mentalidad del hombre moderno e incluso para cada región y comunidad. La liturgia consta de una parte inmutable por ser de institución divina (la fórmula de la consagración por ejemplo), y de otras partes sujetas a cambio, que pueden y aún, deben ir cambiando, como lo ilustra la historia de la Iglesia.

"Por esta razón, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprender fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria" (SC 21).

Este deseo de la Iglesia es por demás coherente: la repetición constante de los ritos, realizados generalmente sin conocer su significado, produce un inevitable desgaste y llegan a "no decir nada". La liturgia no es un teatro. La tarea de renovación litúrgica exige reflexión, creatividad y participación. Mientras tanto es necesario conocer el significado de los gestos y ejecutarlos con espontaneidad y convicción, haciendo de ellos auténtica expresión de nuestros sentimientos religiosos.

**Una consideración particular merece en esto LA PALABRA.** También es un signo indispensable en la Liturgia post-conciliar.

Toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y este encuentro se expresa como un diálogo a través de acciones y de palabras. Ciertamente, las acciones simbólicas son ya un lenguaje, pero es preciso que la Palabra de Dios y la respuesta de fe acompañen y vivifiquen estas acciones, a fin de que la semilla del Reino dé su fruto en la tierra buena. Las acciones litúrgicas significan lo que expresa la Palabra de Dios: a la vez la iniciativa gratuita de Dios y la respuesta de fe de su pueblo.

La *liturgia de la Palabra* es parte integrante de las celebraciones sacramentales. Para nutrir la fe de los fieles, los signos de la Palabra de Dios deben ser puestos de relieve: el libro de la Palabra (leccionario o evangeliario), su veneración (procesión, incienso, luz), el lugar de su anuncio (ambón), su lectura audible e inteligible, la homilía del ministro, la cual prolonga su proclamación, y las respuestas de la asamblea (aclamaciones, salmos de meditación, letanías, confesión de fe...).

La palabra y la acción litúrgica, indisociables en cuanto signos y enseñanza, lo son también en cuanto que realizan lo que significan. El Espíritu Santo, al suscitar la fe, no solamente procura una inteligencia de la Palabra de Dios suscitando la fe, sino que también mediante los sacramentos realiza las "maravillas" de Dios que son anunciadas por la misma Palabra: hace presente y comunica la obra del Padre realizada por el Hijo amado.

### La Palabra se da en dos momentos:

- Las lecturas

No es de extrañar que la renovación iniciada por el Vaticano II pida que, *"para procurar la reforma, el progreso y la adaptación a la sagrada liturgia, haya que fomentar aquel amor suave y vivo hacia la Sagrada Escritura que atestigua la venerable tradición de los ritos, tanto orientales como occidentales (SC 24). En las celebraciones sagradas, debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas" (SC 35, 1).*

Y en especial, con relación a la Misa:

*"A fin de que la mesa de la palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura" (SC 51).*

- La homilía

El evangelio de Lucas (4, 16-21) nos cuenta cómo Jesús, invitado a hacer la lectura y su comentario en la sinagoga de Nazaret, leyó el pasaje de Isaías "el Espíritu del Señor sobre mí..." (Is 61, 1-2) e hizo el siguiente comentario: "Esta Escritura, que acaban de oír, se ha cumplido hoy". Esta es la finalidad de la homilía (del griego, = plática): que la salvación proclamada en la Palabra aparezca como una realidad actual para esta comunidad.

*La homilía tiene tres contextos:*

- Un contexto bíblico: su tema fontal es la Escritura proclamada.
- Un contexto litúrgico: se dirige a una comunidad reunida para celebrar un aspecto determinado de la alianza, en un tiempo litúrgico dado.
- Un contexto vital: se dirige a una comunidad específica, que tiene una fisonomía particular, su fe, sus necesidades, sus expresiones, etc.

### Respuesta a la Palabra se da también en dos momentos:

- En la **profesión de fe**: es decir en la oración del Credo; que es un asentimiento a la Palabra proclamada y escuchada...
- La **oración universal**:

El pueblo, una vez nutrido con la Palabra, ahora hace súplicas por las necesidades de la Iglesia entera y por la salvación de todo el mundo (OGMR 33).

Toda palabra, al ser recibida, produce algo en quien la recibe, da una realidad nueva, provoca una respuesta, despierta un eco.

En la celebración de la Palabra hay también una parte que expresa esa respuesta. Esta parte se llama Oración universal o de los fieles.

No se llama oración de los fieles como si fuera especial de los laicos en contraposición a alguna oración del clero. Es un nombre heredado de una época en que la comunidad estaba compuesta por varios "órdenes" o grupos, como los "catecúmenos", "penitentes", que no asistían a la segunda parte de la celebración. Cada uno de estos grupos después de hacer oración, eran despedidos por el diácono. Al final sólo quedaban los "fideles" (los "fieles"), es decir, los que hacían la celebración eucarística; ellos también tenían antes de la Eucaristía su oración.

Se llama principalmente Oración universal por la universalidad de sus intenciones.

Esta oración, prácticamente olvidada por siglos, fue restituida por el Vaticano II (SC 53).

Las intenciones ordinariamente son: por las necesidades de la Iglesia, por los gobernantes y la salvación de todo el mundo, por los que se encuentran en dificultad, por la comunidad local. En las celebraciones particulares: matrimonios, exequias, etc., las intenciones deben adaptarse a las circunstancias particulares y apropiadas a la asamblea litúrgica.

En la Exhortación Apostólica Postsinodal del Santo Padre Benedicto XVI de marzo de 2007, SACRAMENTUM CARITATIS, el Papa nos va a decir con respecto a la **Liturgia de la Palabra**:

“Pido que la liturgia de la Palabra se prepare y se viva siempre de manera adecuada. Por tanto, recomiendo vivamente que en la liturgia se ponga gran atención a la proclamación de la Palabra de Dios por parte de lectores bien instruidos. Nunca olvidemos que « cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su Pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio ». Si las circunstancias lo aconsejan, se puede pensar en unas breves moniciones que ayuden a los fieles a una mejor disposición. Para comprenderla bien, la Palabra de Dios ha de ser escuchada y acogida con espíritu eclesial y siendo conscientes de su unidad con el Sacramento eucarístico. En efecto, la Palabra que anunciamos y escuchamos es el Verbo hecho carne (cf. *Jn* 1,14), y hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su permanencia de manera sacramental. Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente, ya que Él mismo está presente en la acción litúrgica. En esta perspectiva sacramental de la revelación cristiana, el conocimiento y el estudio de la Palabra de Dios nos permite apreciar, celebrar y vivir mejor la Eucaristía. A este respecto, se aprecia también en toda su verdad la afirmación, según la cual « desconocer la Escritura es desconocer a Cristo ».

Para lograr todo esto es necesario ayudar a los fieles a apreciar los tesoros de la Sagrada Escritura en el leccionario, mediante iniciativas pastorales, celebraciones de la Palabra y la lectura meditada (*lectio divina*). Tampoco se ha de olvidar promover las formas de oración conservadas en la tradición, la Liturgia de las Horas, sobre todo Laudes, Vísperas, Completas y también las celebraciones de vigiliat. El rezo de los Salmos, las lecturas bíblicas y las de la gran tradición del Oficio divino pueden llevar a una experiencia profunda del acontecimiento de Cristo y de la economía de la salvación, que a su vez puede enriquecer la comprensión y la participación en la celebración eucarística”. (nº 45)

## INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA

### LOS SIGNOS EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA – Segunda parte

#### ***La liturgia es un medio de expresión y de comunicación simbólica.***

*Dice el Catecismo: “Las celebraciones sacramentales están tejidas de signos y de símbolos. Según la pedagogía divina de la salvación, su significación tiene su raíz en la obra de la creación y en la cultura humana, se perfila en los acontecimientos de la Antigua Alianza y se revela en plenitud en la persona y la obra de Cristo»*

Conviene aclarar el significado preciso de *signo* y de *símbolo* ante el uso tan frecuente que se hace de estas palabras.

#### **1. ¿Qué es un signo?**

*Signo* es “una cosa que, además de la forma propia que imprime en los sentidos, lleva al conocimiento de otra distinta en sí”. El valor de un signo depende de estas condiciones:

a) ser distinto del significado; b) ser más conocido que el significado.

El signo, tiene un sentido más amplio y genérico que otras palabras que usamos más específicamente, como *señal, icono, emblema, síntoma*, y naturalmente *símbolo* e *imagen*, que deben considerarse como especies de signo.

#### **2. ¿Y el símbolo?**

La palabra *símbolo* (del griego: *sym*: con y *balo*: arrojar ) encierra la idea de reunir dos cosas o dos fragmentos de una cosa que, unidos, permiten un reconocimiento.

El símbolo tiene una función representativa al hacer presente de alguna manera su significado. Es *símbolo* el objeto, la palabra, la acción, que nos remite, a un significado que en cierto modo se hace presente, aunque no de modo total y claro.

En todo símbolo se advierten los siguientes elementos: a) una realidad sensible, es decir, un ser, un objeto, una palabra; b) una relación de significado o de analogía con otra realidad superior con la que se entra en contacto a través del elemento sensible; y c) la realidad significada con la que se contacta está de tal manera presente y unida al símbolo, que sin él no podría ejercer su influencia.

*El simbolismo es un proceso que hace pasar de las cosas visibles a las invisibles, y es a la vez el resultado de este proceso.*

#### **3. ¿Por qué necesitamos de los signos y los símbolos?**

- **Desde el punto de vista psicológico** el hombre tiene la capacidad para relacionar las realidades visibles con su propio mundo interior, y necesita recurrir a las formas sensibles para expresar y revivir ciertas experiencias o situaciones que de otro modo no lograría reconocer, rehacer o representar.

- **Desde el punto de vista religioso**, los símbolos religiosos hacen referencia siempre a lo *sagrado*, es decir, al misterio como realidad trascendente que necesita de mediaciones sensibles para ser vivida y expresada, dada la naturaleza corporal y espiritual del hombre.

Las grandes religiones de la humanidad así lo atestiguan.

#### **4. ¿Qué relación hay entre los símbolos litúrgicos y la Biblia?**

**«El Antiguo Testamento está patente en el Nuevo, y el Nuevo late en el Antiguo»**

El simbolismo litúrgico se basa esencialmente en la Biblia. En estos textos se pone de manifiesto

la existencia de «la pedagogía de los signos» en la historia de la salvación.

La principal característica del simbolismo bíblico es su trasfondo histórico-salvífico. En este sentido, los signos bíblicos ponen de manifiesto la continuidad de la presencia salvadora de Dios. Especialmente los signos que tienen carácter litúrgico prefiguran los sacramentos de la Nueva Alianza.

En el A. Testamento, Dios se relaciona con su pueblo y lo hace caminar en la fidelidad a la alianza por eso decimos que los signos tienen una función pedagógica.

Son signos bíblicos del Antiguo Testamento:

- *signos de la creación*, que culminan en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.
- *signos de los acontecimientos* que constituyen los grandes tiempos de la salvación, cuyo momento culminante es el éxodo.
- *signos de los rituales*, que comprenden las instituciones litúrgicas y festivas de Israel; y
- *los signos figuras*, que ponen de relieve la misión salvífica de determinados personajes históricos, o de determinadas funciones en favor del pueblo.

El mismo Señor quiso perpetuar su acción salvadora por medio de acciones simbólicas y rituales que instituyó y confió a la Iglesia. Jesús se sirvió de los signos y por medio de ellos realizó curaciones y manifestó su poder de salvación (Mc 7,33-35; 8,22-25; Jn 9,6; etc). Entre todas estas acciones se destacan el bautismo y la eucaristía.

### **5. ¿Qué significan los símbolos en la Liturgia?**

Los signos y símbolos de la liturgia son *signos de la fe*, en cuanto expresan la fe de la Iglesia que actúa como sacramento universal de salvación, y en cuanto suponen y exigen la presencia de la fe en quienes los celebran.

Si bien, la fe es suscitada por la Palabra de Dios y se apoya en ella, los signos litúrgicos alimentan y nutren la fe de los participantes.

Todo signo litúrgico es : a) rememorativo de los hechos y de las palabras de Cristo, pero también de los hechos y palabras que, en la Antigua Alianza, anunciaron y prepararon la plenitud de la salvación; b) demostrativo de realidades invisibles presentes, la gracia santificante y el culto a Dios; el signo tiene una dimensión profética de la gloria que un día ha de manifestarse y del culto que tiene lugar en la Jerusalén de los cielos; c) tiene una dimensión moral, ya que la presencia de la gracia santificadora dispone al hombre para traducir en su vida lo que celebra.

### **6. Ampliemos la clasificación...**

- *Personas*: la asamblea, los distintos ministerios (acólito, lector, ministro de la comunión, padrino, etc), los ministros que la presiden (obispo, presbítero, diácono).
- *Actitudes corporales*: de pie, sentados, de rodillas, genuflexión, postración, inclinación.
- *Gestos de todos los fieles*: hacer la señal de la cruz (cf. Mt 28,19; I Cor 1,18.23), darse la paz (cf. Rom 16,16; 1 Cor 16,20), golpearse el pecho (cf. Lc 18,13; Mt 24,30), caminar, ir en procesión y peregrinar, llevar el pan y el vino al altar, llevar un cirio encendido en la mano, comulgar, cantar, aclamar, orar en silencio, ayunar, etc.
- *Gestos y acciones de los ministros*: levantar los ojos (cf. Mt 14,19; Mc 7,34), extender las manos (cf. Ex 17,11-12; Jn 21,18), juntarlas, lavárselas (cf. Sal 25,6), lavar los pies, elevar, mostrar, besar, saludar, trazar señal de la cruz u otros signos (alfa y omega, etcétera), partir el pan (cf. Lc 24,30.35; Hech 2,42), dar la paz, signar (cf. Jn 6,27; Hech 11,26), ungir (cf. Mc 6,13; Sant 5,14; 1 Re 10,1), crismar (cf. Hech 10,38; Lc 4,18), ablución e inmersión (cf. Rom 6,3ss), aspersion, imposición de manos, acompañar, asistir en la cátedra o en el altar, acoger, entregar objetos, imponer un vestido, etc.
- *Elementos naturales*: agua, pan, vino, aceite, luz, oscuridad, fuego, cirio pascual, cirio encendido en la mano, ceniza, perfumes, incienso, flores, ramos .



- *Objetos*: cruz, iconos e imágenes, candelabros, lámpara, Evangeluario, libros litúrgicos, vestidos litúrgicos, vestido bautismal, colores litúrgicos, insignias (anillo, báculo, palio, etc.), vasos sagrados, campana, manteles, corporales, palia, hijuela, purificador, etc.
- *Tiempos*: día, noche, horas, vigilia, semana, año, domingo, fiesta, octava, cuaresma, cincuentena, año jubilar, etc.
- *Lugares*: iglesia, puerta, nave, presbiterio, cátedra, sede, ambón, altar, baptisterio, fuente bautismal, lugar penitencial, cementerio, etc.

## 7. *¿Y el Rito, qué es?*

Dentro de los signos litúrgicos se encuentran las **acciones simbólicas** que tienen por objeto expresar, revivir o actualizar el misterio salvífico que motiva una celebración.

El hombre, por medio del rito, «trata de estructurar sus más valiosas experiencias para poder mantenerlas en el centro de su conciencia y convertirlas así en fuente de energía y en luz orientadora para su vida». Esta necesidad, presente en los momentos más importantes de la vida, como el nacimiento, el matrimonio, la enfermedad o la muerte, es como «una segunda naturaleza del hombre» que ansía trascenderse a sí mismo y en definitiva, situarse en el mundo que le rodea y en el universo, para dar sentido a su vida.

Toda la vida del creyente se convierte en verdadera liturgia o servicio a Dios en los hermanos y en las realidades temporales.

Los ritos cristianos aparecen desde el principio como actos de la comunidad eclesial que revive y actualiza los acontecimientos salvíficos que se han producido en la vida histórica de Jesús, de modo particular su muerte y resurrección.

## 8. *¿Qué simbolizan los gestos y la expresión corporal?*

El fundamento de los gestos en la celebración litúrgica se encuentra, en primer término, en la naturaleza humana, es decir, en la corporeidad del hombre, medio de relación y de presencia entre sus semejantes. Esta realidad ha sido asumida por Cristo en la encarnación, de este modo su humanidad se convirtió en el instrumento de nuestra salvación: sus manos, su mirada, su palabra, su aliento, eran otros tantos modos de comunicar la salvación. Hoy sigue actuando igualmente en la liturgia, a través de los gestos y palabras de los celebramos, en los que actúa la fuerza vivificadora del Espíritu.

Por otra parte, «las acciones, gestos y posturas corporales» son un factor imprescindible para la participación litúrgica plena. Más aún, la integración del cuerpo en la oración y del gesto en la liturgia son factores de equilibrio interior y externo, además de contribuir a la expresividad, la estética y la funcionalidad de los ritos.

## 9. *¿Nos detenemos en el significado de algunos litúrgicos?*

**Los colores.** El color como uno de los elementos visuales más sencillo y eficaces, quiere ayudarnos a celebrar mejor nuestra fe. Su lenguaje simbólico nos ayuda a penetrar mejor en los misterios celebrados.

**Blanco.** Es el color privilegiado de la fiesta cristiana, por eso es adecuado para

- La Navidad y la Epifanía
- La Pascua en toda su cincuentena
- Las Fiestas de Cristo y de la Virgen, a no ser que por su cercanía al misterio de la Cruz se indique el uso del rojo. -Fiestas de ángeles y santos que no sean mártires.
- Ritual de la Unción
- Unción y el Viático

*Rojos.* Es el color elegido para:

- La celebración del Domingo de Pasión (Ramos) y el Viernes Santo, porque remite simbólicamente a la muerte martirial de Cristo.
- En la Fiesta de Pentecostés, porque el Espíritu es fuego y vida.
- Otras celebraciones de la Pasión de Cristo, como la fiesta de la Exaltación de la Cruz.
- Las fiestas de los Apóstoles, Evangelistas y Mártires, por su cercanía ejemplar y testimonial a la Pascua de Cristo.
- La Confirmación se puede celebrar con vestiduras rojas o blancas apuntando al misterio del espíritu o a la fiesta de una iniciación cristiana a la Nueva Vida.

*Verde.* El verde como color de paz, serenidad, esperanza se utiliza para celebrar el Tiempo Ordinario del Año Litúrgico. El Tiempo ordinario son esas 34 semanas en las que no se celebra un misterio concreto de Cristo, sino el conjunto de la Historia de la salvación y sobre todo el misterio semanal del Domingo como Día del Señor.

*Morado.* Este color que remite a la discreción, penitencia y a veces, dolor, es con el que se distingue la celebración del

- Adviento y la Cuaresma
- las celebraciones penitenciales y las exequias cristianas.

**El Fuego.** Aparece en forma de lámparas y cirios encendidos durante la celebración o delante del sagrario. Aparte del simbolismo de la luz entra aquí también esa misteriosa realidad que se llama fuego: la llama que se va consumiendo lentamente mientras alumbra, embellece, calienta, dando sentido familiar a la celebración.

- Vigilia de Pascua: Es la celebración que queda enriquecida de modo más explícito con el simbolismo del fuego. La hoguera que arde fuera de la Iglesia y de la que se va a encender el Cirio Pascual remite intensamente al triunfo de la luz sobre la tiniebla, del calor sobre el frío, de la vida sobre la muerte. De allí partirá la procesión con su festivo grito: "Luz de Cristo", y la luz se irá comunicando progresivamente a cada uno de los participantes.

**El agua.** El agua es una realidad que ya humanamente tiene muchos valores y sentidos: sacia la sed, limpia, es fuente de vida, origina la fuerza hidráulica...También nos sirve para simbolizar realidades profundas en el terreno religioso la pureza interior, sobre todo. Por eso se encuentran los baños sagrados en todas las culturas y religiones (a orillas del Ganges para los indios, del Nilo para los egipcios, del Jordán para los judíos).

Para los cristianos el agua sirve muy expresivamente para simbolizar lo que Cristo y su salvación son para nosotros: Cristo es el "agua viva" que sacia definitivamente nuestra sed (coloquio con la samaritana: Jn 4); el agua sirve también para describir la presencia vivificante del Espíritu (Jn 7, 37-39) y para anunciar la felicidad el cielo (Apoc 7, 17; 22, 1).

En nuestra liturgia es lógico que también se utilice este simbolismo. A veces se usa el agua sencillamente con una finalidad práctica: por ejemplo en las abluciones de las manos después de ungir con los Santos Oleos o de los vasos empleados en la Eucaristía. Otras veces un gesto que en su origen había sido "práctico" ha adquirido ahora un simbolismo: como la mezcla del agua en el vino, que en siglos pasados era necesario por la excesiva gradación del vino, y que luego adquirió el simbolismo de nuestra humanidad incorporada a la divinidad de Cristo.

Pero el agua tiene muchas veces un sentido simbólico: lavarse las manos para indicar la purificación o lavar los pies para expresar la actitud de servicio.

Sobre todo el agua nos hace celebrar significativamente el Bautismo con el gesto de la inmersión en agua (bautismo significa "inmersión" en griego): porque es un sacramento que

nos hace sumergirnos sacramentalmente en Cristo, en su muerte y resurrección, y nos engendra a la vida nueva.

La aspersión de la comunidad con agua en la Vigilia Pascual, o en el rito de entrada de la Eucaristía dominical, o el santiguarse con agua al entrar en la Iglesia, son recuerdos simbólicos del Bautismo.

También el hecho de las casas (de las casas, de los objetos, de las personas) o el gesto de aspersión en las exequias se realicen con agua, quiere prolongar el simbolismo purificador y vitalizador del Bautismo.

Otro significado del simbolismo del agua es su cualidad de *apagar la sed del hombre*. Sed que no es sólo material, sino que muy expresivamente puede referirse a los deseos más profundos del ser humano: la felicidad, la libertad, el amor, etc.

**El Canto.** El canto expresa y realiza nuestras actitudes interiores. Tanto en la vida social como en la cúlctico-religiosa, el canto no sólo expresa sino que en algún modo realiza los sentimientos interiores de alabanza, adoración, alegría, dolor, súplica. "No ha de ser considerado el canto como un cierto ornato que se añade a la oración, como algo extrínseco, sino más bien como algo que dimana de lo profundo del espíritu del que ora y alaba a Dios" (IGLH 270).

El canto hace comunidad, al expresar más válidamente el carácter comunitario de la celebración, igual que sucede en la vida familiar y social como en la litúrgica.

El canto tiene en la liturgia una función "ministerial": ayuda a que la comunidad entre más en sintonía con el misterio que celebra.

Crea un clima de unión comunitaria y festiva, ayuda pedagógicamente a expresar nuestra participación en lo más profundo de la celebración. Así el canto se convierte de verdad en "sacramento", tanto de lo que nosotros sentimos y queremos decir a Dios, como de la gracia salvadora que nos viene de él.

**La Ceniza.** La ceniza, del latín "cinis", es producto de la combustión de algo por el fuego. Muy fácilmente adquirió un sentido simbólico de muerte, caducidad, y en sentido trasladado, de humildad y penitencia.

El Miércoles de Ceniza, el anterior al primer domingo de Cuaresma, realizamos el gesto simbólico de la imposición de ceniza en la frente –se queman las palmas del año anterior y se recoge la ceniza.

Se hace como respuesta a la Palabra de Dios que nos invita a la conversión, como inicio y puerta del ayuno cuaresmal y de la marcha de preparación a la Pascua. La Cuaresma empieza con ceniza y termina con el fuego, el agua y la luz de la Vigilia Pascual. Algo debe quemarse y destruirse en nosotros -el hombre viejo- para dar lugar a la novedad de la vida pascual de Cristo. Mientras el ministro impone la ceniza dice estas dos expresiones, alternativamente: "Arrepiéntete y cree en el Evangelio" y "Acuérdate de que eres polvo y al polvo has de volver". El signo y estas palabras expresan muy bien la caducidad de la vida, nuestra conversión y aceptación del Evangelio; o sea, la novedad de vida que Cristo cada año quiere comunicarnos en la Pascua.

**Comer el Pan.** Juntamente con el "beber", el "comer" es el gesto central de la Eucaristía cristiana. Si el Antiguo Testamento empieza con el "no coman" del Génesis, en el Nuevo Testamento escuchamos el testamento: "tomen y coman". Y si entonces la consecuencia era: "el día que comas de él, morirás", ahora la promesa es la contraria: "el que come... tiene vida eterna".

El comer tiene el valor del alimento y la reparación de las fuerzas. Es un símbolo de gran fuerza expresiva: comer como fruto del propio trabajo, comer en familia, comer con los amigos, comer en clima de fraternidad, comer con sentido de fiesta.

En la Eucaristía, el comer tiene igualmente varios sentidos. Al comer el pan, estamos convencidos de que nos alimentamos con el Cuerpo de Cristo. Su palabra ("esto es mi Cuerpo") sigue eficaz y su Espíritu es el que ha dado a ese pan que hemos depositado sobre el altar su nueva realidad: ser el Cuerpo del Señor glorificado, que ha querido ser nuestro alimento. Este es el primer sentido que Cristo ha querido dar a la comida eucarística: "mi carne es verdadera comida". El es el "viático", el alimento para el camino de los suyos.

También hay otros valores y gracias que Cristo expresa en el evangelio con este simbolismo de la comida: el perdón, la alegría del reencuentro, la fiesta, la plenitud y la felicidad del Reino futuro. Basta recordar la parábola del hijo pródigo, acogido en casa con una buena comida; o la de las bodas del rey; o la multiplicación de los panes y peces en el desierto, o la expresiva presencia de Jesús en comidas en casa de Zaqueo, de Mateo, del fariseo, de Lázaro. Y las comidas de Jesús con sus discípulos, tanto antes como después de la Pascua, que ellos recordarán muy a gusto. (Cf Hech 10,40).

Pablo entenderá la comida como símbolo de la fraternidad eclesial. El pan de la Eucaristía, además de unirnos a Cristo, participando de su Cuerpo, es también lo que construye la comunidad: "un pan y un cuerpo somos, ya que participamos de un solo Pan" "Comer con" por ejemplo con los cristianos procedentes del paganismo, es un signo expresivo y favorecedor de la unidad de todos en la Iglesia, sea cual sea su origen. (Cf la discusión entre Pablo y Pedro en Hech 11,3 y Gál 2,12).

**Partir el Pan.** El origen de este gesto en nuestra Eucaristía se remonta a la cena judía, sobretodo la pascual, que comenzaba con un pequeño rito: el padre de familia partía el pan para repartirlo a todos, mientras pronunciaba una oración de bendición a Dios. Este gesto expresaba: la gratitud hacia Dios y el sentido familiar de solidaridad en el mismo pan. Como el que se hace solemnemente cuando unos novios parten la torta de bodas y la van repartiendo a los comensales.

Cristo también lo hizo en su última cena: "Tomó el pan, dijo la bendición, lo partió y se lo dio...". Más aún: fue este el gesto el que más impresionó a los discípulos de Emaús en su encuentro con Jesús Resucitado. "Le reconocieron al partir el pan". Y fue este el rito simbólico que vino a dar nombre a toda la celebración Eucarística en la primera generación, se llamaba "la fracción del Pan". Significa:

- El Cuerpo "entregado roto" de Cristo. La fracción del pan puede tener, ante todo, un sentido de cara a la Pasión de Cristo. El pan que vamos a recibir es el Cuerpo de Cristo, entregado a la muerte, el Cuerpo roto hasta la última donación, en la Cruz.

- Signo de la unidad fraterna. El Misal Romano explica: "El gesto de la fracción del pan que era el que servía en los tiempos apostólicos para denominar la misma Eucaristía, manifiesta mejor la fuerza y la importancia de la **unidad** de todos en un solo pan y de la **caridad**, por el hecho de que un solo pan se distribuye entre hermanos".

**Los Golpes en el Pecho.** Gesto penitencial y de humildad. Es uno de los gestos más populares al menos en cuanto a expresividad.

Así describe Jesús al publicano (Lc 18, 9-14). El fariseo oraba de pie: "no soy como los demás"... "En cambio el publicano no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador".

Cuando para el acto penitencial al inicio de nuestra Eucaristía elegimos la fórmula "Yo confieso", utilizamos también nosotros el mismo gesto cuando a las palabras "por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa" nos golpeamos el pecho con la mano.

**Las Gotas de Agua en el Vino.** Con este signo el sacerdote le pide a Dios que una nuestras vidas a la suya.

El momento instantáneo en que se echa el agua se acompaña con una oración que se dice en secreto: "El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana.

San Cipriano, a mediados del siglo II, escribió sobre este gesto litúrgico, lo siguiente:

*"en el agua se entiende el pueblo y en el vino se manifiesta la Sangre de Cristo. Y cuando en el cáliz se mezcla agua con el vino, el pueblo se junta a Cristo, y el pueblo de los creyentes se une y junta a Aquel en el cual creyó. La cual unión y conjunción del agua y del vino de tal modo se mezcla en el cáliz del Señor que aquella mezcla no puede separarse entre sí. Por lo que nada podrá separar de Cristo a la Iglesia (...) Si uno sólo ofrece vino, la Sangre de Cristo empieza a estar sin nosotros, y si el agua está sola el pueblo empieza a estar sin Cristo. Más cuando uno y otro se mezclan y se unen entre sí con la unión que los fusiona, entonces se lleva a cabo el sacramento espiritual y celestial"*

### **La proclamación de la palabra de Dios en la liturgia eucarística.**

Al entrar en un templo, miramos y veremos un Sagrario, donde está el Señor; un Altar, la sede del sacerdote y... también algo más, un lugar de relieve. Es el AMBÓN, el lugar donde se encuentra el libro de la Palabra de Dios, en la forma de un LECCIONARIO que contiene muchos pasajes de la Biblia. Desde ahí se proclama esa Palabra de Dios.

En muchas iglesias vemos que el ambón es un lugar sólido (no es un atril) y está adornado.

En toda celebración de la Eucaristía se hace uso de dos libros: uno es el 'leccionario' y el otro es el 'misal'. El misal se encuentra sobre el altar (y puede que también en la sede). El más importante de los dos libros es el leccionario, y esto por una razón muy sencilla: porque en este libro Dios nos habla, mientras que en el misal somos nosotros quienes hablamos a Dios. Nunca incienso el sacerdote el misal, el leccionario sí. Nunca el sacerdote da un beso al misal, al leccionario sí, una vez proclamado el santo Evangelio. En las celebraciones solemnes, cuando hay procesión de entrada, el diácono u otra persona entra en la iglesia llevando solemnemente el libro de Dios.

Todo lo que se proclamará desde el ambón (en la Liturgia no se 'lee' la Palabra de Dios sino que se 'proclama') tiene como finalidad lograr que Dios dialogue con las personas que están en el templo.

El lenguaje, la palabra... también es un signo... es preciso, pues, mimar este momento.

Para ello conviene recordar que:

- el libro de Dios tiene que ser un libro hermoso (no valen los cuadernos y menos un papel que uno lo saca del bolsillo), el micrófono tiene que funcionar bien, así como la megafonía. Si el micrófono comienza a chirriar mientras se proclama la Palabra, Dios no puede dialogar con su pueblo.
- Proclamamos la Palabra de Dios en la lengua del pueblo (antes del Concilio se proclamaba en latín, lengua no entendida por el pueblo).
- El sacerdote (especialmente en las solemnidades) incienso el libro antes de proclamar el Evangelio y, al final, le da un beso.
- Todos nos ponemos de pie para el santo Evangelio.

¿Qué es lo que ocurre en este momento de la Palabra?

#### **La primera lectura.**

San Ambrosio daba a esta primera lectura el nombre de 'el Profeta'.

En primer lugar se proclama un texto del Antiguo Testamento (menos en el tiempo pascual que se proclama normalmente un texto de los Hechos de los Apóstoles). Si sabemos de qué va la cosa entonces se comprende mejor esta lectura del Antiguo Testamento. Si los participantes tienen un cierto conocimiento del Antiguo Testamento entonces seguirán mejor el contenido.

Si la cultura bíblica es escasa, entonces conviene hacer una monición que encuadre el texto y ayude así a la comprensión.

### **El salmo responsorial.**

Después de la proclamación de la primera lectura, oramos con un salmo. Los salmos son una oración inspirada por Dios que desde siempre ha pertenecido al pueblo. En los demás libros Dios habla al pueblo; en el libro de los salmos el pueblo habla a Dios (con palabras inspiradas por Él mismo).

### **La segunda lectura.**

San Ambrosio la llamaba 'el Apóstol'.

Los domingos tenemos asimismo una segunda lectura que, generalmente, es del apóstol san Pablo. También aquí un conocimiento bíblico es importante. Si no, ayudemos con una monición.

### **El Hallelu-Yah**

- A continuación cantamos el Hallelú-Yah. Son dos palabras que las pronunciamos como si fuese una palabra. Lo explicamos...

- Nosotros, los occidentales, no damos la misma importancia a los nombres que en Oriente. Desde hace muchísimo tiempo, ellos imponen a un niño/a el nombre que indique lo que los padres quieren que sea el niño/a. En la antigüedad, los dioses poseían muchos nombres, pero uno solo era el verdadero, que no se lo comunicaban a nadie porque pensaban que si alguien poseía el verdadero nombre podía hacer con él lo que quisiera. Con esta mentalidad, Moisés pidió a Dios su verdadero nombre, pensando que no se lo comunicaría y que así él quedaba libre de la gesta de tener que liberar al pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto. Pero Dios se lo dio. Su verdadero nombre es YAHVEH, que significa 'Yo soy el que soy y allí donde actúo lo hago salvando'.

- Muy pronto se dejó de pronunciar este nombre por respeto. Pero si el sacerdote pronunciaba en el culto la palabra: HALLELÚ (que significa: 'ALABAD'), entonces el pueblo podía pronunciar la primera parte del nombre indecible, es decir, YAH. El entusiasmo que experimentaban al pronunciar parte del verdadero nombre de Dios era tan grande que muy pronto se unieron las dos palabras 'hallelu y Yah' formando nuestro Alleluia, que es signo de mucha alegría. San Agustín nos dice que en esta palabra se encuentra toda la espiritualidad de la oración.

### **El santo Evangelio**

Después del Halleluya, viene la proclamación del santo Evangelio. Todos nos ponemos de pie. En Occidente el 'ponerse de pie' ante alguien es signo de respeto. Cuando el sacerdote (o el diácono) anuncia que va a proclamar el Evangelio se signa en la frente (pensamiento), en los labios (locución), en el corazón (actitud sana y buena). Ahora también se lo indica para toda la asamblea.

La Iglesia proclama el contenido de los Evangelios por medio de textos escogidos.

*Los tres ciclos (A-B-C)*

Se ha distribuido la proclamación del santo Evangelio en tres años:

1. El primer año (ciclo A) se proclama el evangelio de Mateo.
2. El segundo año (Ciclo B) se proclama el evangelio de Marcos.
3. El tercer año (Ciclo C) se proclama el evangelio de Lucas.

Y... ¿el Evangelio de Juan? ¿Por qué la Iglesia no ha abierto un cuarto año con este evangelio? La respuesta está en que se ha querido seguir una costumbre antiquísima, según la cual el Evangelio de Juan era proclamado cada año durante la cuaresma y el tiempo pascual. Y es lo que sucede hoy en día. Así que, como ves, el evangelio de Juan sale ganando.

## INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA EL ANIMADOR O COMENTARISTA DE LA CELEBRACIÓN

**1. El comentador o comentarista** surgió como servicio necesario cuando las Misas se celebraban en latín, leyendo en la lengua del pueblo las lecturas, las comentaba, explicaba e introducía los diversos ritos. Fue oficializado en la «Instrucción de Música Sacra y Sagrada Liturgia» de 1958 y reconocido como un “verdadero ministerio litúrgico” por el Concilio Vaticano II (SC 29). Los libros renovados aplicaron las indicaciones conciliares: “En esta restauración, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente” (SC 21b); además “los ritos deben resplandecer con una noble sencillez, deben ser claros en su brevedad, y eviten las repeticiones inútiles, adaptados a la capacidad de los fieles y, en general, no deben tener necesidad de muchas explicaciones” (SC 34). Por esta razón, en las Misas en castellano la función del comentarista -contrariamente a lo que sucedía antes- no es explicar lo que se está haciendo, lo evidente, lo que todos están viendo y oyendo: por ejemplo, “entra el sacerdote para iniciar la Misa...”; “nos ponemos de pie cantando” (y no se dice el canto); “acercamos el pan y el vino al altar...” etc. Por eso, no es el más fácil de los servicios ni el más simple. Requiere pericia y madurez humana, por lo que no puede improvisarse dejándolo en manos de aquellos que a lo sumo leerán un comentario escrito a cientos de kilómetros de distancia para comunidades inexistentes. Estos textos a lo sumo pueden servir de inspiración pero deben adaptarse a cada celebración concreta.

Cada comunidad tiene coordenadas de lugar e historia propias, que deben hacerse alabanza y súplica en la liturgia, y para ello está el comentario.

El animador debe hacer propia la famosa «escala del lenguaje» escrita por el músico francés D. Julien: *“cuando es suficiente una frase, no utilicemos un discurso, cuando es suficiente una palabra, no utilicemos una frase, cuando es suficiente un gesto, no utilicemos la palabra, cuando es suficiente una mirada, no utilicemos un gesto”*.

### 2. ¿Qué es el comentario?

El comentario de la Misa -como de cualquier otra celebración- está compuesto de «moniciones». Del latín «monere», esta palabra significa exhortar, amonestar, llamar la atención, invitar. No es una explicación, ni un pequeño discurso, sino que sirve para motivar y para estimular la participación plena de la asamblea invitando a la oración y al canto. De allí que este servicio se denomine mejor como «animador».

Hay **varias clases** de moniciones: unas son **indicativas** (indican las posturas corporales, el modo de hacer una proce sión), otras son **explicativas** (ambientan una lectura desde su contexto histórico, explican un rito) y otras **exhortativas** (sugieren sentimientos, actitudes espirituales, etc.).

Los documentos litúrgicos señalan dos características esenciales de las «moniciones»: brevedad y preparación.

-Las moniciones deben ser **breves**: El animador no debe hablar mucho, sino que debe aprender a decir mucho con pocas palabras. Las largas intervenciones dan a la celebración un tono pesado, escolástico y farragoso para nada propia de la liturgia. Además, mientras menor sea la asamblea y mientras más preparada esté, tanto menos debe intervenir el animador.

-Las moniciones deben ser **sencillas o diáfanas**: El animador no debe utilizar palabras rebuscadas ni complicadas, sino usar su estilo coloquial de todos los días. No deben usarse frases muy enredadas o estereotipadas, a base de oraciones subordinadas, queriendo decirlo todo.

-Las moniciones deben ser **fieles al texto o rito**: El animador debe ayudar a escuchar la lectura desde una actitud justa (sin manipular su interpretación, dejándola abierta) y a realizar el gesto simbólico exactamente dentro de su identidad y finalidad.

- Las moniciones deben estar **preparadas**: El animador debe tener un texto preparado y revisado, pero no puede convertirse en un mero lector. A veces deberá improvisar cuando perciba que la asamblea está dispersa, inquieta o distraída, procurando crear de nuevo el clima de oración y participación necesarios para la celebración.

-El animador debe desempeñar su servicio en estrecha relación con el celebrante. Siempre que éste realice una invitación, el animador debe cederle el lugar y no hacer después una segunda introducción. En estos casos el animador debe limitarse a una simple motivación.

-El animador debe recordar que la asamblea no sólo lo escucha sino que también lo mira, y se ve reflejada en sus gestos. Si remueve papeles no será ejemplo de escucha. Si hace gestos a no se sabe quién, distraerá a la asamblea transformándose en centro de atención. Deberá escuchar con la asamblea, cantar con ella, orar con todos.

-Jamás debe enojarse o llamar la atención de alguien por micrófono. Si hubiese alguna dificultad, el equipo de acogida podrá resolver el caso discretamente. El buen animador podría dar entrada con una mirada o en gesto al lector, al salmista, a los cantores, a quienes hacen la procesión de ofrendas, etc.

### **3. ¿Dónde debe ubicarse el animador?**

“Al desempeñar su función el comentarista se colocará en un lugar adecuado frente a los fieles, pero no es muy conveniente que suba al ambón” (IGMR 68a). Esto es así porque el ambón es el altar de la Palabra de Dios, y las moniciones son palabras de los hombres. Tampoco debe ponerse otro atril que haga competencia visual con el ambón, pero si fuese necesario, el animador podrá usar un atril menor, como el que usan los músicos para sus partituras. Lo importante es que se escuchen las moniciones del animador, utilizando un buen sistema amplificador y que se lo vea; que no sea una voz “en off”.

### **4. ¿Cuándo debe intervenir el animador?**

Contrariamente a lo que se cree (y los mal llamados «guiones» impresos han colaborado en esta deformación) no hay ninguna regla fija. Cada parroquia, cada comunidad, cada celebración es diferente. Por otra parte, la motivación pierde su espontaneidad si se fija en un clisé que se repite siempre. De allí que la variedad de moniciones, unas veces introduciendo unos ritos y otras veces otros, según los tiempos litúrgicos y celebraciones particulares, permite crear el clima festivo propio de la liturgia.

La asamblea a veces puede ya conocer cuáles son sus posturas (o actitudes de todo el cuerpo) durante la Misa, por lo cual no es necesario que el animador repita siempre lo mismo (por ej. “nos sentamos para escuchar la Palabra de Dios...”, “nos paramos para recibir al sacerdote cantando...”). Por el contrario, deberá señalar algunos gestos especiales de los fieles (por ej. arrodillarse en el Credo en las Solemnidades de la Anunciación y Navidad, elevar los brazos en el Padre nuestro, eventualmente en Cuaresma arrodillarse en el acto penitencial, etc.) y movimientos o acciones que deben realizar en algunas celebraciones (generalmente se trata de procesiones o desplazamientos a un determinado lugar, venerar al Niño Dios en Navidad, encender los cirios en la fiesta de la Candelaria, la cruz el Viernes Santo, etc.). Tampoco es necesario anunciar el canto si no hay folletos ni decir el número de aquellos cantos suficientemente conocidos. Los fieles prefieren cantar de memoria antes que leyendo.

En la Misa, el animador puede intervenir en los siguientes momentos:



### **- en los Ritos iniciales**

\* luego del saludo, “con brevísimas palabras, puede introducir a los fieles en la Misa del día, antes que comience la celebración” (IGMR 11), indicando el tiempo litúrgico, la festividad, un acontecimiento particular de la comunidad, algunas intenciones especiales de oración, presentando al sacerdote si no es conocido de la asamblea, ayudando -junto con el canto y demás elementos de los ritos iniciales- a “que los fieles reunidos constituyan una comunidad y se dispongan a oír convenientemente la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía” (IGMR 24);

\* subrayar el acto penitencial (especialmente en Cuaresma), que no duplique la invitación del sacerdote; \* proponer las invocaciones del «Señor, ten piedad» (en el caso que no lo haga el sacerdote o el diácono);

\* señalar el sentido bautismal de la aspersion (sobre todo en los domingos y Pascua), que no duplique la invitación del sacerdote;

\* motivar a la alabanza del Gloria, especialmente en Navidad y Pascua;

\* luego de la invitación del sacerdote, señalar el motivo de la oración colecta del día.

### **-en la Liturgia de la Palabra**

\* “Antes de las lecturas, y especialmente antes de la primera, se pueden hacer unas moniciones breves y oportunas. Hay que tener muy en cuenta el género literario de estas moniciones. Conviene que sean sencillas, fieles al texto, breves, bien preparadas y adaptadas en todo al texto, al que sirven de introducción” (OLM 15). “Le toca al presidente introducir ocasionalmente a los fieles, con alguna monición, a la Liturgia de la Palabra, antes de la proclamación de las lecturas. Estas moniciones podrán ser de gran ayuda para que la asamblea escuche mejor la Palabra de Dios, ya que promueven la fe y la buena voluntad. Puede ejercer esta función por medio de otras personas, por ejemplo, el diácono o un comentarista” (OLM 42; cf. IGMR 11)16;

\* antes de cada lectura, para lo cual será muy útil tener en cuenta que “cada texto lleva un título cuidadosamente estudiado (formado casi siempre con palabras del mismo texto) en el que se indica el tema principal de la lectura y, cuando es necesario, la relación entre las lecturas de la Misa” (OLM 123);

\* “También pueden ayudar unas breves moniciones en las que se indique el porqué de aquel salmo determinado y de la respuesta, y su relación con las lecturas” (OLM 19)17;

\* introducir el Evangelio antes de la aclamación;

\* en las celebraciones de sacramentos y sacramentales en la Misa, introducir los respectivos ritos;

\* en algunas celebraciones, introducir el credo, particularmente cuando se use el Símbolo niceno-constantinopolitano;

\* cuando no hay diácono, proponer las oraciones de los fieles;

### **- en la Liturgia de la Eucaristía**

\* uniendo la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía antes de la presentación de los dones, si el sacerdote no lo hubiese hecho en la oración de los fieles;

\* motivando la procesión de dones especialmente cuando -además de las hostias y el vino- se presentan “dinero u otros dones traídos por los fieles o recolectados en la iglesia para los pobres o para la iglesia. Estas ofrendas no se colocarán en la mesa eucarística, sino en otro lugar conveniente” (IGMR 49; cf. IGMR 101)19;

\* si se usara incienso, convendrá explicar el sentido de la incensación que engloba las ofrendas, el altar y la asamblea;

\* “Antes del prefacio” (IGMR 11), se puede introducir la Plegaria Eucarística con breves palabras, mediante las cuales propone a los fieles las razones de la misma acción de gracias, de forma apropiada a

la asamblea en aquel momento, de suerte que la comunidad pueda sentir su propia vida íntimamente enmarcada en la historia de la salvación y pueda cosechar mayores frutos de la celebración de la Eucaristía”;

- \* subrayando la dimensión filial del Padre nuestro, antes de la invitación del sacerdote;
- \* subrayando la dimensión fraternal del saludo de la paz, antes de la oración del sacerdote;
- \* introduciendo el Cordero de Dios;
- \* invitando a la comunión;

**- en los Ritos conclusivos**

- \* antes de la bendición, estableciendo un nexo entre la celebración y la vida;
- \* realizando los avisos comunitarios.

## LA ORACIÓN UNIVERSAL O DE LOS FIELES

Si no es fácil hacer moniciones, mucho menos lo es redactar las intenciones de la oración comunitaria. Jesús nos enseñó que Dios es «Abbá», Padre. Ciertas palabras ininteligibles para la mayoría de la comunidad o un lenguaje complicado y difícil cargado de adjetivos, como el tono de voz usado muchas veces, parecen dirigirse más a alguna divinidad distante y severa que al Padre de Nuestro Señor Jesucristo que es también nuestro Padre. Pero la solución es muy simple: leer las indicaciones de los libros litúrgicos al respecto que muchas veces son un contenido oculto a quienes tienen la tarea de redactar estas intenciones, y especialmente las indicaciones que dio Pablo VI y que ahora presentamos.

1. “En la oración universal, la asamblea de los fieles, iluminada por la Palabra de Dios, a la que en cierto modo responde, pide normalmente por necesidades de la Iglesia universal y de la comunidad local, por la salvación del mundo, por los que se hallan en cualquier necesidad y por grupos determinados de personas... En esta forma, recogiendo el fruto de la Liturgia de la Palabra, la asamblea podrá pasar más adecuadamente a la Liturgia Eucarística” (OLM 30).

Esta plegaria se denomina también «Oración de los fieles», no porque las intenciones sean proferidas por la asamblea, sino porque los catecúmenos no podían asistir a ella, constituyéndola en exclusiva de los bautizados. Por el horizonte de dichas peticiones, se denomina «universal», pues abre la pequeña asamblea a una dimensión verdaderamente católica y universal, siguiendo las indicaciones paulinas asumidas por el Concilio Vaticano II: “Restablézcase la «oración común» o «de los fieles» después del Evangelio y la homilía, principalmente los domingos y fiestas de precepto, para que -con la participación del pueblo- se hagan súplicas por la Santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren cualquier necesidad, y por todos los hombres y por la salvación del mundo entero” (cf. 1 Tm. 2, 1-2)” (SC 53).

La estructura de esta oración es del tipo colecta, es decir, se trata de un diálogo entre el celebrante y la asamblea, que expresa y simboliza el diálogo amoroso entre Dios y su pueblo.

2. “El presidente, dirigiendo la oración universal y, si es posible, conectando las lecturas de aquella celebración y la homilía con la oración, por medio de la monición inicial y de la oración conclusiva, introduce a los fieles en la Liturgia Eucarística” (OLM 43). “El celebrante preside la oración universal desde la sede, y las intenciones se enuncian desde el ambón” (OLM 31a, corrige así IGMR 99; cf. IGMR 132).

3. “Bajo la dirección del celebrante, un diácono o un ministro o algunos fieles (especialmente el comentarista), propondrán oportunamente unas breves peticiones, compuestas con sabia libertad, mediante las cuales la asamblea, «ejerciendo su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres»” (OLM

30, cita IGMR 45). “Si no hay diácono en la Misa, confíese la función de proponer las intenciones de la oración universal a un cantor, especialmente cuando estas intenciones son cantadas, o a un lector, o a otra persona” (OLM 53; cf. IGMR 47b, 66a y 151). El carácter colectivo de la oración de los fieles se expresa por el contenido de las intenciones y no por la diversidad de lectores de las mismas.

“El orden de las intenciones de ordinario será: a) por las necesidades de la Iglesia; b) por los gobernantes y por la salvación de todo el mundo; c) por los oprimidos por cualquier necesidad; d) por la comunidad local. Sin embargo, en algunas celebraciones particulares, como confirmaciones, matrimonios, exequias, el orden de las intenciones puede referirse peculiarmente a esa ocasión particular” (IGMR 46).

“En razón de su estructura, las intenciones suelen proponerse de **tres formas diferentes**:

**a)** «Forma plena» (oremos por... para que...), en la cual se anuncia por quiénes se ha de orar y qué se ha de pedir para ellos. Así están conformadas las invitaciones a la súplica, en la primera parte de cada una de las oraciones solemnes del Viernes Santo.

**b)** «Forma parcial primera» (oremos para que...), en la cual, inmediatamente de anunciar la gracia que se ha de pedir, usando un solo verbo, se dice por quienes se hace la súplica. De esta forma son las peticiones en la última parte de las letanías de los Santos.

**c)** «Forma parcial segunda» (oremos por...), en la cual tan sólo se anuncia por quienes se intercede. Así son algunas letanías de súplica tanto en Oriente como en Occidente”.

Nada obsta para que se utilicen los tres modos en cada serie de intenciones, pero mientras la forma plena es más propia de celebraciones solemnes, la forma parcial primera presenta intenciones más concretas a la comunidad, mientras la forma parcial segunda deja a cada orante el contenido de la intención.

En la variación estará el buen gusto. Pero siempre deberá recordarse lo que magistralmente señala el P. José Aldazábal: “Estas intenciones siempre son dirigidas a Dios Padre y ayudan especialmente a recordarles a los fieles, las intenciones por las que vale la pena que ore una comunidad cristiana. Por lo tanto son como una monición. Y ojo, la oración propiamente dicha no son las intenciones, sino la respuesta que les da la comunidad dirigiendo su oración a Dios”.

En las asambleas para grupos particulares, podrá permitirse que haya intenciones espontáneas, salvando siempre antes que existan las cuatro peticiones obligatorias. Esto no puede hacerse en grandes asambleas. En este caso, pueden recibirse intenciones escritas que el animador integrará con las ya preparadas.

4. “La asamblea participa de pie en la oración, diciendo o cantando la invocación común después de cada intención, o bien orando en silencio” (OLM 31b; cf. IGMR 47b).

**“La parte más importante de la oración común es la que corresponde a la participación de la asamblea.** Para que esta participación sea verdadera y activa, es mejor que se repita después de la presentación de cada intención, y puede hacerse de cuatro maneras:

a) Mediante una breve aclamación, siempre la misma en la misma celebración: esto facilita la participación, y desde antiguo lleva el nombre de «letanía».

b) Mediante la oración silenciosa durante una pausa conveniente, tras la presentación de cada intención: esta participación silenciosa, de venerable tradición en las oraciones solemnes del rito romano, aunque parezca menos activa, puede, sin embargo, dar a la súplica una mayor plenitud.

c) Mediante la recitación comunitaria de una fórmula de súplica más larga: a fin de que la repetición de dicha fórmula no resulte cansadora es necesario variar su composición, y esto requiere que los fieles tengan en sus manos los textos pertinentes.

d) La última forma resulta de la unión de la primera con la segunda, es decir que, después de la oración en silencio, mediante una nueva y brevísima intervención del diácono, se invita a los fieles a pronunciar una aclamación. Esta forma puede usarse en algunas celebraciones más solemnes. Nadie duda que el primer modo es el más recomendable, aunque haya plena libertad para usar cualquiera de los descritos”.

Siempre deberá recordarse que se trata de una respuesta, por lo que es inadecuado que la asamblea repita la fórmula al inicio, luego de que es anunciada por quien presenta las intenciones.

5. “Corresponde al que preside concluir la oración de los fieles... Generalmente basta una sola intervención al final de toda la oración [en caso contrario sería como en el Viernes Santo].

Esta oración conclusiva, habitualmente pedirá tan sólo a Dios que escuche con bondad las súplicas que se acaban de hacer, pero no reduplicará la oración colecta del día. Sin embargo, en las celebraciones votivas, si la mayor parte de las súplicas se han referido a la intención particular, en la oración sacerdotal conclusiva puede expresarse también la misma intención”. Pueden utilizarse también otras oraciones colectas del Misal.

## INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA

### SENCILLAS RECOMENDACIONES A LOS LECTORES

Es bueno recordar cosas sencillas, porque en ocasiones las damos por ya sabidas, y tal vez no se saben, o porque recordándolas, las podemos afianzar. En este caso la catequesis va dirigida a los lectores de la Palabra de Dios en las celebraciones litúrgicas

Es un servicio litúrgico de gran importancia, nunca una excusa para intervenir, ni tampoco un 'derecho' de nadie. Es un servicio litúrgico de quien sabiendo la importancia de lo que lee, sabe proclamar en público la Palabra de Dios sin arrogancia, ni protagonismo alguno. No todos pueden ni deben leer, porque no todos lo saben realizar adecuadamente.

Ofrecemos unas recomendaciones sencillas para los lectores. Tal vez imprimirlas y difundirlas podría ser un apostolado litúrgico sencillo pero eficaz.

- El lector debe entender la Palabra que proclama; si no la entiende, no puede darle el sentido que tiene. Primero debe ser oyente de esa Palabra -haberla leído antes, captado, rezado- y luego será el portavoz para la Iglesia.
- Clara conciencia de que en ese momento se convierte en **portavoz de la Palabra de Dios**, en su altavoz, para que todos escuchen la Revelación que se da. En consecuencia debe ser fiel transmisor de una Palabra que procede de Dios, escrita por los autores sagrados (: hagiógrafos) y cuyo último eslabón es el propio lector para que llegue esa Palabra a la Iglesia, aquí y ahora, en la celebración de los Santos Misterios.
- Hay que tener especial cuidado con las palabras difíciles, nombres inusuales, estilo de la misma lectura (poético, narrativo, exhortativo, etc.), y por eso es bueno repasar ante las lecturas.
- El lector comunica la Palabra de Dios no sólo con las palabras pronunciadas correctamente (correctamente, claro, no precipitadamente) sino también **con el convencimiento, el tono, el volumen, las inflexiones de voz según las frases**. No es "hacer teatro", sino comunicar adecuadamente, porque es distinto leer para uno mismo que leer para los demás en alta voz haciendo que los oyentes y el propio lector se enteren bien de la lectura.
- La preocupación de lector debe ser que todos se enteren y escuchen bien la Palabra de Dios: para ello procurará **leer despacio, alto y claro, con ritmo** (ni demasiado lento que distrae, ni demasiado rápido que aturde), **vocalizando**, ya que el sonido llega más lento al oído del oyente. Para eso, además, hay que mirar que el micrófono esté encendido y a la altura adecuada para recoger la voz, sin pegarlo a la boca.
- Antes de comenzar, cerciorarse de que es la lectura correcta: el libro debe estar abierto (y si no abrirlo por la cinta que debe estar de modo lateral), fijarse en el día de la semana en que se está o en qué fiesta o solemnidad. Se ha dado el caso de que el que ha leído en la misa anterior no ha dejado la cinta en su lugar adecuado, y el que lee en la siguiente Misa no se da cuenta y lee la lectura del día siguiente o del anterior. También esto es señal de que no se ha preparado antes la lectura ni se ha mirado el leccionario, tristemente.
- Al comenzar la lectura no se lee nunca lo que está en rojo, con tinta roja: "IV Domingo de Cuaresma", ni el orden de las lecturas tampoco se lee porque está en rojo: "Primera lectura", "Salmo responsorial", "Segunda lectura". Es decir, **nunca se lee lo que esté escrito en letra roja**, porque son indicaciones, no texto para leer en alta voz.
- Se comienza diciendo: "**Lectura de...**" y se termina haciendo una pequeña pausa **con "Palabra de Dios"**, no seguido, como si formase parte del texto, o leído como si fuera una pregunta "¿Palabra de Dios?", sino con tono de afirmación-aclamación: "Palabra de Dios". Como es una aclamación, y no una información, **no se dice: "Es Palabra de Dios", ni tampoco se dirá "Esto es Palabra de Dios"**.
- El salmo habitualmente debe ser cantado, o al menos, el estribillo o respuesta. **Lo excepcional debería ser que se leyese, porque la naturaleza del salmo es la de ser un poema cantado, una plegaria con música**. Si hay que leerlo, no se dirá "Salmo responsorial" (porque está escrito en rojo) sino directamente lo que todos van a repetir, por ejemplo: "Mi alma tiene sed del Dios vivo", dando tiempo a que los demás puedan responder después de cada estrofa. Ayudará mucho que el lector repita cada vez la respuesta para facilitar los fieles que la recuerden mejor.

- **El Aleluya no se lee. Si no se canta, es mejor omitirlo** porque es absurdo convertir una aclamación musical en algo fugaz leído en voz alta.
- Lo ideal será que en todas las Misas haya un lector y a ser posible un lector distinto para cada lectura. El salmista es el cantor del salmo; si no lo hay, mejor un lector distinto que aquel que haya leído la primera lectura.
- El lector o los lectores deben acercarse dignamente al ambón para leer, **sin carreras ni precipitación, con dignidad**. Lo harán cuando los fieles hayan respondido “Amén” a la oración colecta que el sacerdote ha recitado, y no antes. Si son varios lectores, mejor que entonces **vayan todos juntos, hagan inclinación profunda al altar al mismo tiempo, y suban a la vez hacia el ambón** para evitar las idas y bajadas entre lecturas.
- Al final, **dejar la cinta del leccionario bien colocada**, de manera lateral y no hacia abajo, evitando que desaparezca entre las hojas del libro y evitar confusión alguna al siguiente lector.

## INTRODUCCIÓN A LA LITURGIA EL CANTO LITÚRGICO - LOS CANTORES

### 1. Importancia del canto en la Liturgia

“La acción litúrgica adquiere una forma más noble cuando se realiza con canto: cada uno de los ministros desempeña su función propia y la asamblea participa en ella (cf. SC 113). De esta manera la oración adopta una expresión más penetrante, el misterio de la Sagrada Liturgia y su carácter jerárquico y comunitario se manifiestan más claramente; mediante la unión de las voces se lleva a una más profunda unión de corazones; desde la belleza de lo sagrado el espíritu se eleva más fácilmente a lo invisible; en fin toda la celebración prefigura con más claridad la liturgia santa de la nueva Jerusalén”. “Para conseguir esto es preciso, en primer lugar, que los textos que por sí mismos requieren canto se canten efectivamente, empleando el género y la forma que requiera su propio carácter” (MS 6).

Entre la forma solemne y más plena de las celebraciones litúrgicas, en la cual todo lo que exige canto se canta efectivamente, y la forma más sencilla en la que no se emplea el canto, puede haber varios grados según que se conceda al canto un lugar mayor o menor. Sin embargo, **en la selección de las partes que se deben cantar se comenzará por aquellas que por su naturaleza son de mayor importancia:**

- . en primer lugar, por aquellas que deben cantar el sacerdote o los ministros con respuesta de la asamblea, o el sacerdote junto con el pueblo;
- . después, poco a poco, las que son propias sólo de la asamblea o sólo del grupo de cantores” (MS 7).

Como se observa el criterio de importancia no empieza ni termina en los cantos procesionales (entrada, ofertorio, comunión, etc), sino en ciertas partes de la Misa que de suyo son cantos: Gloria, Salmo, Aleluia, Santo, Cordero. Para realizar esto es necesario que en cada comunidad haya fieles preparados musical y litúrgicamente para **animar** el canto de la asamblea. Se requiere un animador que ensaye los cantos antes de la celebración, un grupo de cantores, algunos instrumentistas y -al menos- un solista.

### 2. ¿Cuáles cantos?

Para la selección de todos los cantos, debemos tener presente que ha de tratarse de «música sagrada», es decir, “aquella que, creada para la celebración del culto divino, posee cualidades de santidad y de perfección de formas” (MS 4a). Para que un canto pueda utilizarse en la liturgia de la Misa o de cualquier otro sacramento o sacramental debe reunir esas tres condiciones:

- exclusividad: haber sido creado para el culto cristiano y no para el circuito comercial;
- ortodoxia: por ser «sacra», los textos deben expresar el contenido de la revelación, ser inspirados en la Biblia y ser concordes con el magisterio de la Iglesia;
- belleza: por ser música, se trata de un arte, y por ello ha de ser intrínsecamente bella. La música religiosa, es decir, aquella que se refiere a Dios pero no fue hecha para la liturgia tiene su lugar en otros momentos: ejercicios piadosos (novenas, vía crucis, etc.), encuentros, etc.
- con sentido comunitario: por ser la liturgia, una celebración de toda la comunidad, los cantos deben expresar siempre ese sentido comunitario. Por eso se deben usar las expresiones en plural (“nosotros”, “todos”, “estamos”, “vayamos”, etc) y **nunca** las expresiones de tipo individual o en singular (“yo”, “mi”, “a mí”, “para mí”, “conmigo”, etc)

Además, deberá mantenerse un sano equilibrio entre lo que la comunidad ya conoce y los nuevos cantos. Pues no es buena pedagogía introducir muchas novedades cada vez, ya que

difícilmente la comunidad los aprenda con un ensayo antes de la celebración, ni tampoco esto se salva entregando hojas que sólo distraen y obstaculizan la participación consciente de los fieles.

### 3. ¿Cuáles instrumentos?

“En el culto divino se pueden admitir **otros instrumentos... siempre que sean aptos o puedan adaptarse al uso sagrado**, convengan a la dignidad del templo y contribuyan realmente a la edificación de los fieles” (SC 120 y MS 62). Todo **dependerá de cómo el instrumento se ejecute**. Para ello deberá siempre recordarse que **la música es «servidora» de la palabra**: lo importante es el texto, la música es su apoyatura; **la música no puede ocultar las voces**; los **instrumentos deben «acompañar» el canto**, ciertamente dando el ritmo, pero también «siguiendo» a la asamblea. “El empleo de instrumentos en el acompañamiento de los cantos puede ser bueno para sostener las voces, facilitar la participación y hacer más profunda la unidad de una asamblea. Pero el sonido de los instrumentos jamás debe cubrir las voces ni dificultar la comprensión del texto. Todo instrumento debe callar cuando el sacerdote o un ministro pronuncian en alta voz un texto que les corresponda por su función propia” (MS 64).

“En las Misas... se puede tocar un solo antes de la llegada del sacerdote al altar, en el ofertorio, durante la Comunión y al final de la Misa” (MS 65), es decir, **la música instrumental puede sustituir a los cantos procesionales**. Pero con una pedagogía de siglos, **la música instrumental debe callar en el Adviento y la Cuaresma**, o por lo menos que aparezca mucho más sobria que en otros tiempos litúrgicos; para subrayar el silencio y la sobriedad que prepara la expresión de la alegría festiva de la Navidad y la Pascua (cf. MS 66).

### 4. Los cantores e instrumentistas

*“Atendiendo a la disposición de cada iglesia, colóquese el coro de modo que aparezca claramente que forma parte de la asamblea de los fieles y que desempeña una función particular, que facilite la ejecución de su ministerio litúrgico, que permita cómodamente la participación plena de sus miembros en la Misa, es decir, la participación sacramental”* (IGMR 274, cf. 275).

Por otra parte, “no es conveniente que ocupen el ambón el comentarista, el cantor o el maestro del coro” (IGMR 272d), pues el ambón es el altar de la Palabra de Dios.

**El coro debe sentirse y ser visto como parte de la asamblea y no como algo separado de ella.** Además, debe tener comunicación visual con el celebrante para fácilmente ejecutar los cantos en el momento apropiado y poder recibir alguna indicación del mismo. **Lo importante será que los cantores e instrumentistas ayuden a la asamblea con su voz y con sus gestos a orar cantando.** Deben participar plenamente de la celebración y su actitud interior debe reflejarse en la música. El canto litúrgico es un diálogo con Dios, nuestro Padre, o con Jesucristo, el Señor y nuestro hermano. **La música litúrgica es sacra precisamente porque tiene la función de unirnos a Dios.** Por eso, también han de saber callar: “El diálogo entre Dios y los hombres, que se realiza con la ayuda del Espíritu Santo, requiere breves momentos de silencio, adecuados a la asamblea presente, para que en ellos la Palabra de Dios sea acogida interiormente y se prepare una respuesta por medio de la oración” (OLM 28). “Por medio de este silencio los fieles no se ven reducidos a asistir a la acción litúrgica como espectadores mudos y extraños, sino que son asociados más íntimamente al Misterio que se celebra, gracias a aquella disposición interior que nace de la Palabra de Dios escuchada, de los cantos y de las oraciones que se pronuncian y de la unión espiritual con el celebrante en las partes que dice él mismo” (MS 17).

### 5. ¿Cuándo se debe cantar en el Misa?



Así como jamás cantaremos felicitaciones en un velorio, tampoco podemos cantar cualquier cosa en las celebraciones, y bien saben los que hacen televisión como la música suscita sentimientos eligiendo cuidadosamente la música de fondo. Por lo tanto, los cantos deben escogerse teniendo en cuenta el tiempo litúrgico y el momento de la Misa o celebración. **Debemos recordar que no cantamos durante la Misa sino que cantamos la Misa.**

**Hay cantos que constituyen de suyo un rito** (el Kyrie, el Gloria, el Salmo responsorial, el Santo, la aclamación eucarística, el amén final de la Plegaria Eucarística, el Cordero de Dios) de tal modo que si no se cantan deben recitarse igual.

**Otros son funcionales pues acompañan un rito** (el aleluia, los cantos procesionales) de tal modo que si no hay canto se guarda silencio o puede ejecutarse música instrumental.

Como dijimos antes, los cantos más importantes son los rituales y no los procesionales, por eso la asamblea participará más plenamente cuando canta las aclamaciones que son propias de la Misa y además los cantos de acompañamiento, y no al revés.

### ✓ **Ritos iniciales:**

“Mientras entra el sacerdote con los ministros, dice IGMR 25, comienza el canto de entrada. La finalidad de este canto es”:

- \* “iniciar la celebración”: esta es la razón por la cual el comentarista debe callar hasta después del saludo (cf. IGMR 11 y 29). El canto es el que abre la celebración;
- \* “fomentar la unión entre los presentes”: porque el canto nos hace cantar lo mismo, al mismo tiempo y con la misma entonación. Por esto es necesario que cante toda la asamblea, y el que se abstiene de cantar no termina de manifestar que está inserto en la Iglesia;
- \* “introducir en el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta”: el tema del canto está dado por la Antífona de entrada, la que debe recitarse cuando no hay canto (cf. IGMR 26b);
- \* “acompaña la procesión del sacerdote y los ministros”: Esta finalidad, que ocupa el primer lugar al momento de elegir el canto de entrada, es -sin embargo- la menos importante. Este canto termina inmediatamente antes de la señal de la cruz, acompañando incluso la incensación del altar cuando tiene lugar. “El Apóstol exhorta a los fieles congregados para esperar la Venida del Señor, a que canten todos juntos, salmos, himnos y cánticos espirituales (cf. Col. 3, 16). Pues el canto es señal del júbilo del corazón (cf. Hch. 2, 46). De ahí que San Agustín diga con razón: «Cantar es propio del que ama» (Sermón 336, 1: PL 38, 1472), y también el antiguo proverbio «El que canta bien, ora dos veces» (IGMR 19). Decimos (y bien) que la Misa es una celebración (= un festejo, una fiesta) precisamente porque la Iglesia se ha reunido.

**El canto de entrada constituye a la asamblea en festiva, por eso la Misa comienza con un canto, o mejor, comienza cuando la asamblea canta al Señor que se hace presente.** En el trasfondo tenemos:

- la pascua judía: después del paso del Mar Rojo, “Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico a Yahvéh” (Ex. 15, 1);
- la pascua de Jesús: “Y cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos” (Tim. 26, 30);
- la pascua eterna: el signo de los redimidos es que alaban con su canto al Anciano y al Cordero (cf. Ap. 5, 8-14).

En algunas festividades, podría cantarse el saludo del sacerdote y su respuesta.

La tercera fórmula del acto penitencial es el Señor, ten piedad. “Como se trata de un canto en el que los fieles aclaman al Señor e imploran su misericordia, de ordinario será cantado por todos, es decir, participarán en él la asamblea y el coro o el cantor. Son las únicas palabras que la liturgia latina

conserva en griego (Kyrie eleison), por eso -sabiendo que es una aclamación común con los cristianos de Oriente- en alguna celebración más solemne debería cantarse en su lengua original.

En lugar del **acto penitencial**, los domingos y festividades puede hacerse el rito de aspersión. Luego de la bendición del agua, y mientras el sacerdote recorre la iglesia aspergiendo a la asamblea, puede cantarse un canto que evoque el bautismo, cuya memoria hace este rito.

“El **Gloria** es el himno antiquísimo y venerable por el cual la Iglesia -congregada en el Espíritu Santo- glorifica a Dios Padre y al Cordero, y le presenta su súplica. Lo canta la asamblea de los fieles, o alternando el pueblo con el coro, o sólo el coro. Si no se canta, lo recitarán todos juntos o alternadamente. Se canta o se dice los domingos -excepto en tiempo de Adviento y Cuaresma-, en las solemnidades y fiestas, y en algunas celebraciones más solemnes” (IGMR 31). Las excepciones del canto del «Himno angélico» tienen su fundamento en que se trata de tiempos penitenciales, y que así se da mayor importancia al canto del «Gloria» en la Nochebuena (inicio del Tiempo de Navidad), en la Misa vespertina del Jueves Santo (inicio del Triduo Pascual) y en la Vigilia Pascual (inicio del Tiempo de Pascua). Para este canto, como para los demás cantos del Ordinario de la Misa, valen los siguientes principios: “Al establecer las traducciones populares que han de ser musicalizadas -especialmente, la traducción del Salterio- los expertos cuidarán de compaginar bien la fidelidad al texto latino con la aptitud para el canto del texto en lengua vernácula. Se respetará el carácter y las leyes de cada lengua; se tendrán en cuenta también las costumbres y el carácter particular de cada pueblo” (MS 54). Un caso particular se da con la versión del Gloria de la «Misa criolla», de indudable valor artístico, pero que no fue hecha para la liturgia, y por lo tanto es de difícil ejecución para la asamblea. Nunca fue aprobada por la CEA para cantarse en la Misa.

#### ✓ **Liturgia de la Palabra:**

Todas las aclamaciones podrían cantarse. Por ejemplo que al final de las lecturas y del Evangelio, la asamblea agradezca y alabe cantando «Te alabamos, Señor» o «Gloria a ti Señor Jesús».

“El salmo responsorial ordinariamente ha de cantarse. El canto del salmo o de la sola respuesta contribuye a comprender el sentido espiritual del salmo y a meditarlo profundamente” (OLM 21a). “El salmo que sigue a la lectura, si no se canta, ha de recitarse en la forma más adecuada para la meditación de la Palabra de Dios. El salmo responsorial se canta o se recita por un salmista o por un cantor desde el ambón” (OLM 22, cf. IGMR 39).

Después de la segunda lectura y antes del «Aleluia», en algunas celebraciones hay un canto que se llama «Secuencia». Son obligatorias la de la octava de Pascua y la de Pentecostés. Las de «Corpus et Sanguinis Christi» y Nuestra Señora de los Dolores son optativas (cf. IGMR 40).

Inmediatamente antes del Evangelio, sigue el Aleluia o -durante Cuaresma- la aclamación antes del Evangelio. «Aleluia» es una palabra hebrea que proviene de la contracción de «Hallel yah»: ¡alaben a Yahveh! ¡glorifica a Dios! Si bien acompaña la preparación y el acceso del diácono o del sacerdote al ambón para proclamar el Evangelio, no es un canto procesional, pues «tiene por sí mismo el valor de rito o de acto» (cf. IGMR 17). Con este canto, “la asamblea de los fieles recibe y saluda al Señor, que va a hablarles, y cantando profesa su fe [en la presencia del Señor]. El Aleluia y las otras aclamaciones antes del Evangelio deben ser cantadas, estando todos de pie, pero de manera que lo cante unánimemente todo el pueblo, y no sólo el cantor que lo inicia o el coro” (OLM 23, cf. IGMR 37).

“En el tiempo de Cuaresma, puede emplearse algunas de las aclamaciones propuestas..., y se dice antes y después del versículo antes del Evangelio” (OLM 91).

El saludo antes del Evangelio, así como su aclamación inicial y final («Gloria a ti, Señor», «Gloria a ti, Señor Jesús») también podrían cantarse.

“El Símbolo o profesión de fe, dentro de la Misa, cuando las rúbricas lo prescriben, tiene como finalidad que la asamblea reunida dé su asentimiento y su respuesta a la Palabra de Dios escuchada en las lecturas y en la homilía, y traiga a su memoria, antes de empezar la celebración del misterio de la fe en la Eucaristía, la norma de su fe, según la forma aprobada por la Iglesia” (OLM 29, cf. IGMR 43). “El Símbolo debe ser dicho por el sacerdote junto con el pueblo los domingos y las solemnidades. También puede decirse en algunas celebraciones más solemnes. Si el Símbolo se canta, de ordinario será cantado por todos o alternadamente” (IGMR 44).

“La asamblea participa de pie en la oración [de los fieles], diciendo o cantando la invocación común después de cada intención, o bien orando en silencio” (OLM 31b, cf. IGMR 47b). Se trata de aclamaciones de súplica (y no de alabanza ni de acción de gracias).

#### ✓ **Liturgia de la Eucaristía:**

“El canto de ofertorio acompaña la procesión en la que se llevan **los dones**. Este se prolonga por lo menos hasta que las ofrendas son colocadas en el altar. Las normas sobre el modo de cantarlo son las mismas que del canto de entrada. Si la antífona del ofertorio no se canta, se omite” (IGMR 50). La indicación es clara: sólo debe cantarse si hay procesión de dones, sobre todo durante la procesión. Luego habrá canto solo si ayuda a la asamblea a orar con el sacerdote que eleva el pan y el vino bendiciendo al Señor.

La Plegaria Eucarística toda ella es alabanza y acción de gracias. Esto se subraya desde el comienzo cuando el diálogo inicial del Prefacio es cantado. “El sacerdote invita al pueblo a elevar los corazones al Señor en la oración y acción de gracias, y lo asocia a la oración que, en nombre de toda la comunidad dirige a Dios Padre, por Jesucristo. El significado de esta oración es que toda la congregación de los fieles se una con Cristo en la alabanza de las maravillas de Dios y en la ofrenda del sacrificio” (IGMR 54).

Al finalizar el Prefacio, “toda la comunidad, uniéndose a los espíritus celestiales, canta o recita el **Santo**. Esta aclamación, que forma parte de la Plegaria Eucarística, es dicha por todo el pueblo junto con el sacerdote” (IGMR 55b). El Santo de por sí es un canto de origen sinagoga (Is. 6, 3) al que se lo ha cristianizado agregándole Mt. 21, 9. **Son dos textos bíblicos, que no pueden ser sustituidos por cantos inspirados en ellos pero que no son Palabra de Dios.**

Luego de la consagración, la asamblea reconoce el misterio de fe obrado en la Eucaristía y lo podría hacer cantando la **aclamación**.

El **Amén** de la doxología final de la Plegaria Eucarística, que “expresa la glorificación de Dios... se confirma y termina con la aclamación del pueblo” (IGMR 55h). Se trata del **asentimiento de fe de toda la asamblea a la presencia sustancial de Cristo** en medio de la Iglesia, el Emanuel que acompaña la comunidad de creyentes hasta el final de los tiempos. **Debe ser un «amén» sonoro y entusiasta**, que cuando es cantado puede repetirse y englobar alguna palabra festiva: «¡Aleluia!», «¡Hosanna!», o nuestro «¡Viva!».

En el **Padre nuestro**, “la invitación, la oración, el embolismo y la doxología final del pueblo se cantan o se recitan con voz clara” (IGMR 56). “Si se canta en latín, empléense las melodías oficiales ya existentes, pero si se canta en lengua vulgar las melodías debe aprobarlas” la Conferencia Episcopal o el Obispo diocesano (MS 35).

En algunas ocasiones, sobre todo cuando la asamblea es muy numerosa, **puede cantarse mientras todos se dan el saludo de paz un canto que estimule la fraternidad de los creyentes y exprese el deseo de la paz. No obstante, este canto nunca puede sustituir el canto o la invocación del «Cordero de Dios».**

“Durante la fracción del pan y la introducción de la partícula del Pan consagrado en el cáliz, de ordinario -el coro o el cantor, respondiendo la asamblea- cantan o recitan la invocación **Cordero de Dios** (cf. Jn 1, 29-36). *Esta invocación puede repetirse cuantas veces sea necesario para acompañar la fracción del pan. La última vez se concluye con las palabras «Danos la paz» (IGMR 56e), conectando así con el rito de la paz.*

“Mientras el sacerdote y los fieles reciben el Sacramento, se entona el **canto de Comunión**, cuya finalidad es expresar por la unión de las voces, la unión espiritual de los comulgantes, manifestar el gozo de los corazones y tornar más fraterna la procesión de los que van a recibir el Cuerpo de Cristo. El canto comienza cuanto el sacerdote comulga, y se prolonga mientras los fieles reciben el Cuerpo de Cristo hasta el momento oportuno. Sin embargo, cuando hay un himno después de la Comunión, conclúyase a tiempo el canto de la Comunión...

Contrariamente a cierta costumbre generalizada, el canto de Comunión acompaña la Comunión tanto del sacerdote como de los fieles, y no solamente la de estos últimos. En cierta manera, el canto une la Comunión de todos, por eso debe comenzar cuando el sacerdote comulga el Cuerpo del Señor. Se trata de un canto eucarístico, donde la alabanza o suplica se dirige a Cristo. Por eso, no pueden entonarse cantos dedicados a María Santísima o a los Santos, ni tampoco cantos instructivos de la comunidad, es decir, dirigidos a la asamblea. Después de la Comunión, “según las circunstancias, el sacerdote y los fieles oran en silencio por algunos momentos. Si se desea, toda la comunidad puede también cantar un himno o salmo u otro canto de alabanza” (IGMR 56j).

✓ **Ritos conclusivos:**

En el Misal no encontramos ninguna mención del canto de salida. **Este debería remarcar que debemos vivir la Palabra escuchada y la fraternidad operada por el Cuerpo y la Sangre del Señor recibidos, que debemos ser misioneros de verdad.** En nuestras comunidades este es el momento acostumbrado de cantar a **María Santísima**, en cuyos brazos maternos siempre encontramos a Jesús.